

Edita: Asociación Jorge Adolfo Freytter Romero Elkartea
La Casilla, 6 local 2,
48012 Bilbao, Bizkaia
www.freytter.eus
komunikazioa@freytter.eus

Colaboran: Eusko Jaurlaritza, Gobierno Vasco, Justicia eta giza eskubideen saila, Departamento de Justicia y Derechos Humanos, GEVICO, Mesa del profesorado.

Edición: Diciembre 2025, Bilbao, País Vasco

Diseño y Maquetación: Ornella Munar y Camilo García

ALMANEGRA

Alberto Pinzón Sánchez

INFANCIA

Se compra café, era el letrero escrito sobre una tabla delgada con unas letras deformadas de color blanco de tiza, que pendía con una cuerda delgada de cabuya ennegrecida por el tiempo, en un puntillón de fierro clavado a un lado de la puerta de madera. Era la entrada a la apretada y poco iluminada tienda de abarrotes, impregnada de un olor agrio penetrante de vejez. Tres paredes completamente cubiertas por estantes de madera rigurosamente ordenados, llenos de pequeñas bolsas de papel marrón mate que decían contener una libra con granos y cereales básicos para la alimentación que don Gabriel, padre de Jacinto, había previamente reempacado o trasladado desde otros sacos de fique grandes y pesados en los que habían sido trasportados desde la capital, y estaban ubicadas junto a bolsas semejantes contenido azúcar, sal, adobos y condimentos, pastas, fideos y espaguetis, junto al infaltable aguardiente departamental que vendía a los parroquianos detrás de un mostrador de madera maciza gastada y muy rayada. A los lados de los estantes colgaban salchichones y génovas o butifarras, ollas de diferentes tamaños y artículos de cocina. Al lado derecho de la entrada, arrumadas una sobre otra estaban las canastas de bebidas gaseosas de vidrio transparente con etiquetas pegadas de leones acostados, que dejaban ver un líquido de color rosado tornasolado, y al otro lado enfrente, estaba el arrume de canastas de cerveza con sus botellas de vidrio oscuro. En el vano de la puerta, colgaba una romana donde se pesaban los bultos de café que se compraban y eran trasportados inmediatamente al interior de la casa, donde se amontonaban en espera del vetusto camión “efeseis” que traía los abastecimientos, y se llevaba de regreso los sacos de café.

La tienda, un local arrendado con una trastienda amplia que servía de bodega y lugar de habitación de la pequeña familia de don Gabriel, su esposa Hermencia, su hija y Jacinto el menor, ocupaba la parte baja de un caserón colonial de dos pisos ubicado en la arbolada plaza principal del Pueblo. La parte alta del caserón la ocupaba el dueño de la casa

don Matías Velasco con su esposa, quien también era propietario de una muy tupida hacienda cafetera ubicada en la vereda el Hato, una de las laderas de inclinación suave de la cordillera que bordeaba al Pueblo, suave tapizada de múltiples y variados cafetales hasta donde llegaba el carreteable que comunicaba con la capital del departamento. El techo del caserón era de tejas españolas y aleros de madera salidos en la altura sobre la calle, paredes blancas encaladas, amplias ventanas con marco, postigos y balaustres de madera ya anticuados. El caserón hacía hilera con una serie de casas muy parecidas y simétricas con tiendas semejantes, donde se vendían otras mercancías necesarias para la región como, ropa y textiles diversos, sombreros, alpargates y zapatos, chucherías y herramientas de fierro, machetes, cuchillos y despulpadoras de café, sacos de fique, artículos de talabartería para caballería como enjalmas, sillas, jáquimas, correajes y alfombras.

La hilera de tiendas que formaba el marco superior de la plaza del Pueblo, era conocido como el andén del comercio, que se atiborraba el domingo día del mercado, con la multitud de artesanos y habitantes del casco urbano y campesinos, peones, arrendatarios y cosecheros de café de las veredas que formaban el municipio, quienes venían a mercar y a concurrir. Haciendo ángulo recto con esta hilera de casas, estaba la vieja y deteriorada Iglesia construida en tiempos coloniales, con una torre cuadrada y simple de poca altura coronada por una cruz desnuda de hierro y un vano donde colgaba una campana herrumbrosa; el techo plano sin ninguna bóveda estaba cubierto con teja roja de barro cocido y se soportaba sobre gruesas vigas de madera descansadas sobre paredes blancas de calicanto y argamasa. A su lado, pegada, estaba una casa más pequeña modesta y aplanada que servía de casa cural, con una pequeña puerta de salida que desentonaba con el gigantesco portalón de dos alas de madera maciza de la iglesia, y abría a un atrio ancho con piso de piedra pulimentada que terminaba en una grada a la calle. El atrio, se continuaba con una muy amplia plaza cuadrangular también de piedra pulida, que tenía en cada esquina un frondoso árbol y estaba enmarcada en sus cuatro costados por una hilera de caserones semejantes a los del andén del comercio, que en tiempos más remotos debieron haber sido casas de habitación de los dueños

del Pueblo, pero ahora, constituían oficinas municipales, alcaldía, juzgados, casa de policía y en el último caserón, la cárcel municipal. En centro de la plaza había un busto oxidado, sucio y mohoso del general F de P Santander, el hombre de las leyes, con sus bigoticos relamidos hacia arriba, el cabello echado en mechones hacia su frente amplia, que destacaba los ángulos de sus pómulos y de su nariz corva. Cada costado de la plaza según el antiguo diseño colonial español para la fundación y establecimiento de poblados y ciudades, se continuaba por cuatro largas calles empedradas bordeadas de viejos y aplanados caserones de tejas rojas de barro y adobe resanado y blanqueado con cal, que desembocaban en caminos públicos de tierra que conducían hasta los cuatro puntos cardinales y hacia cada una de las laderas de la montaña cultivada de cafetales, que circundaban todo el valle feraz donde yacía el poblado. Hasta una de esas calles, la de la hilera de casas para la administración, llegaba la carretera de tierra y piedra picada que comunicaba al Pueblo, con la capital del departamento.

-Buenos y santos días tenga usted don Gabrielito, dijo con ceremonia el padre Antonio, párroco del Pueblo, al entrar en su tienda vistiendo la invariable gastada sotana negra larga de innumerables botones y cuello blanco almidonado con harina de Yuca.

De talla alta, joven, aunque de aspecto envejecido por su cabello blanqueado que le daba un aspecto ceremonioso y enérgico, el Padre Antonio, por sus capacidades había sido enviado hacia un año por el obispo diocesano como párroco del Pueblo, después de que dos seminaristas Escobar y Montoya, amantes de los bienes terrenales en especial del dinero, expulsados del seminario mayor poco antes de su ordenación sacerdotal, conocedores del vacío religioso dejado en la parroquia por el anterior párroco padre Isaías, quien debido a su beligerancia política y sectarismo antes y pasadas las elecciones presidenciales de 1946, había sido amenazado de muerte y, después de un atentado en su contra debió salir oculto del Pueblo, por lo que la diócesis amparada en la legislación del concordato vigente excomulgó a todo el Pueblo; los dos aprovechados seminaristas, haciéndose pasar por misioneros, llegaron al Pueblo ofreciendo una semana de

reconciliación y paz entre todos los corderos del rebaño: oficiaron pomposas ceremonias religiosas, rogativas, procesiones, misas, sermones, recolectas de joyas de “plata y oro viejo que ya no sirve” y sobre todo, de limosnas eucarísticas generosamente dadas, vaciaron también las alcancías y desaparecieron de una noche para otra, rumbo a la Argentina y sin que hasta el día de hoy se haya hecho justicia.

-Necesito comprar algunas cosas, continuó el padre Antonio - ¿puedo mandarle a Marujita con la lista de lo que necesito y usted, me la regresa con la factura que enseguida le cancelo? Don Gabriel, un hombre de algunos 50 años, cuadrado de baja estatura y rostro de piel machada y gruesa, nariz un tanto chata, pómulos agudos y boca lineal, con una mirada esquiva le respondió con mayor afabilidad -Ni más faltaba su reverencia, mande nomás la muchacha y enseguida le envío lo que tenga, respondió. Cruzaron una mirada atenta como de aprobación mutua y tras un breve silencio el Padre Antonio continuó - ¿Cuántos años tiene su hijo? ...Uumm...Jacinto, agregó apresurado don Gabriel; tiene siete y va para los ocho añitos - ¿Y en qué curso va de la escuela? Volvió a preguntar el padre Antonio, que fue respondido inmediatamente -Va a entrar a primerito. El padre Antonio, guardando silencio, tomó aire y se dispuso a explicar sus interrogantes. Una brisa fresca del comienzo de esa soleada mañana empezaba a soplar en el exterior de la tienda, el padre Antonio, tomó un poco de aire para disminuir el vaho denso y agrio del interior de la tienda.

-Es que su eminencia, el obispo de nuestra diócesis, me ha pedido que le envíe almas tiernas que comienzan a florecer para ponerlas al servicio del señor: educarlas en la palabra de Dios nuestro señor, para que luego vengan a servirle y a ayudar a sus hijos en su salvación como buenos cristianos. La diócesis, preocupada por los sucesos violentos de hace un contra el anterior párroco, ha hecho un gran esfuerzo y ha abierto en la ciudad capital de la provincia sede de la diócesis arzobispal, una escuela apostólica para alumnos de corta edad, algo así como una escuela primaria de inicio, para que luego completen su educación cristiana en el seminario mayor de la capital del departamento. Así que he estado pensado que su niño, a quien he visto muy devoto en la

iglesia haciéndole compañía, cuando usted lo lleva a alabar y honrar a nuestro señor, puede, y si usted lo tiene a bien, servir como un niño ejemplar de esta parroquia en el pequeño seminario que se acaba de abrir. Usted, no tendría que preocuparse por nada. Esta parroquia corre con todos los gastos de trasporte, equipamiento, beca de estudio y sostenimiento del alumno todo el tiempo que dure su formación.

Don Gabriel, sorprendido por tales palabras, con los ojos humedecidos por la emoción suspiró profundo, mientras preparaba una respuesta apresurada -Padre, usted me honra sobremanera con eso que acaba de decir. Yo, por ahora no puedo decirle nada más que voy a hablar Hermencia, la mamá del niño, su reverencia la distingue, y enseguida le damos la respuesta. No hablaron más. Después de un largo silencio se despidieron, con los mismos ceremoniales con que se habían saludado. El padre Antonio salió hacia la casa cural y don Gabriel se adentró en la casona llamando a gritos a su esposa. Hermencia, ya una mujer rechoncha de mediana edad y estatura, con rasgos faciales angulosos y gruesas trenzas de pelo negro que caían sobre su espalda salió sorprendida de la cocina donde estaba, al encuentro de don Gabriel. Él la abrazó y como un torrente incontrolable le soltó la propuesta, como quien le tira a otra persona una piedra pesada que le estuviera haciendo gran peso. No hablaron mucho. Ella le preguntó - ¿Y cuál es la demora para decirle que sí? Por la tarde, mucho después de que la campana destemplada de la iglesia había dado las doce campanadas del medio día, llegó Marujita, la muchacha enviada por el padre Antonio, con un canasto grande y un papel escrito con la lista de los artículos demandados. Don Gabriel, tomando la lista le dijo -déjeme el canasto, lo lleno y más tarde se lo llevo a su reverencia.

Al atardecer, el canasto del padre Antonio estaba lleno con los productos solicitados en la lista. Don Gabriel, cerró la tienda con las cadenas y los candados con los que usualmente aseguraba el portón y tomando el canasto se dispuso a atravesar la calle hasta la casa cural. Golpeó la mano de hierro con una bola que servía de aldabón de llamada. Enseguida salió Marujita, que le hizo un saludo con la cabeza y como si estuviera esperándolo, le señaló el corredor de entrada a un cuarto de

muchas cortinas descoloridas olorosas a polvo que tenía la apariencia de una sala, donde había una mesa de centro con un jarrón con unas flores ajadas por el tiempo, y varios cuadros con imágenes religiosas colgadas en las paredes. Le señaló un taburete y tomando el canasto, presurosa entró a llamar al padre Antonio. Él, apareció enseguida; don Gabriel, tan pronto lo vio se puso en pie y sin más palabras se dirigió a abrazarlo. Se demoró en hablar y en medio de suspiros le dijo que tanto Hermencia, la mamá de Jacinto, como él mismo estaban muy contentos y felices de poner su hijo al servicio de Dios y de la diócesis. El padre Antonio, alzando la voz llamó a Marujita pidiéndole trajera la botella de vino de consagración y dos copitas que estaban en la alacena del comedor -Vamos a celebrarlo tomándonos una copita de vino de consagración para sellar el acuerdo que acabamos de hacer por la salud eterna de Jacinto, luego agregó -Jacinto deberá estar en la sede arzobispal el primero de septiembre. Quedan tres meses para preparar su equipamiento y, sobre todo, para informarlo y catequizarlo en la misión gloriosa para la que el señor Jesucristo lo ha seleccionado.

Al despedirse del padre Antonio y salir a la calle, don Gabriel, sintió una alegría muy interna, como si un aire muy especial, tibio y dulce, inundara su pecho; miró hacia el cielo, comprobando que ya era el ocaso y el sol empezaba a languidecer. Rápidamente se dirigió a la tienda, pensando en la buenaventura que le deparaba la suerte tanto a su pequeño hijo como a su familia; no cabía duda de que la mano de Dios finalmente lo había empuñado para ampararlo. Los días sin rupturas de los meses siguientes, sucedieron como el padre Antonio lo había dicho: charlas intensas de cerca de una hora de duración que él mismo le daba diariamente en la casa cural al niño, preparándolo para la separación y ruptura con su madre y su hermana, del ambiente familiar y del Pueblo; de la vida en comunidad en el internado con otros niños de la diócesis escogidos como él, de la comida y de las reglas estrictas y metódicas que en todo momento se debían cumplir en el pequeño seminario apostólico. Explicaciones sobre la responsabilidad personal que debía adquirir en los estudios y en la mayoría de sus actos, todos orientados a servirle a Dios.

La víspera del día de septiembre escogido para la partida de Jacinto, a la escuela apostólica de la ciudad sede de la diócesis, el padre Antonio, a la hora del crepúsculo cuando la luz del sol empieza a declinar, el calor a ceder y una brisa suave temperada mueve las hojas de los árboles de la plaza con un rumor apaciguador, se reunió en la casa cural con toda la familia de Jacinto: sentados en los taburetes de madera de la sala, oyeron la explicación ceremoniosa sobre el significado del viaje y la ida de Jacinto, como si se tratara de una prédica evangélica, que todos ellos entendieron de manera nebulosa y lejana con los ojos encharcados por la emoción. Luego, en el zaguán de entrada a la casa, El padre Antonio mostró las dos maletas que contenían el equipo, la dotación y toda la ropa que llevaría Jacinto, resaltando el esfuerzo hecho para su consecución. Finalmente, antes de despedirlos les insistió en que dado el mal estado de la carretera y la lejanía de la ciudad sede de la diócesis, era necesario que Jacinto estuviera a las tres de la madrugada aquí, en la puerta de la casa cural, donde sería recogido con sus dos maletas de equipaje por el chofer del bus pequeño o chiva, que pasando por la ciudad sede de la diócesis, hacía la línea semanal de comunicación hasta la capital del departamento.

El viaje salió como se esperaba: lento, fatigoso, con paradas interminables en la plaza principal de cada uno de los pueblos del trayecto para esperar y recoger pasajeros, aunque sin mayores dificultades. Bordeando la rivera derecha del río no muy ancho de aguas tormentosas y embarradas, el pequeño bus de carrocería de madera con asientos metálicos cubiertos de un forro rojizo de hule y una rejilla metálica en el techo para trasportar los bultos y equipajes cubiertos con una gruesa lona del color de la carretera, recorrió el penoso camino serpenteante de tierra polvorienta y pedregones, bordeado por cultivos verdes y cafetales. Después de un largo y agotador trayecto, al cruzar el río hacia su rivera derecha por un envejecido y oxidado puente de hierro llamado con sarcasmo “bruklin”, el paisaje se hizo entonces terroso y amarillento, con colinas suaves en lugar de moles montañosas. Al caer el sol, en esa hora imprecisa e incómoda del ocaso cuando la oscuridad aún no es total pero la luz escasea, la pequeña chiva llegó a la plaza principal de la ciudad sede de la diócesis. El

chofer, un hombre rudo, sudoroso y con la piel del color del polvo de la carretera, según lo había instruido el padre Antonio, les dijo a los pasajeros que esperaran un momento mientras él entregaba un encargo en la casa del obispo; sin decir más, tomó de la mano a Jacinto, le dio a llevar la maleta más liviana diciéndole que lo siguiera y se dirigió al gran portón de madera maciza de la gran casona arzobispal y al llegar, presuroso golpeó con el pesado aldabón de hierro produciendo un ruido sordo e intenso. Pronto, el portón se abrió apareciendo una hermana de la presentación, ataviada con la característica túnica negra larga y la cabeza cubierta con la corneta redundante de tela blanca con grandes alerones laterales endurecidos con almidón de yuca. Al verlo, la hermana supo que era el niño esperado para llevar a la apostólica; despidió al chofer, tomó una de las maletas y le dijo a Jacinto que la siguiera por un zaguán empedrado con lajas planas y pulimentadas que bordeaba un colorido jardín interior, y desembocaba más atrás en un cuarto pequeño un tanto oscuro; diciéndole de manera imperiosa que ahí debía pasar la noche. No debía abrir ninguna maleta y esperar hasta mañana bien temprano, que ella vendría a recogerlo para llevarlo a la escuela apostólica. Una vez quedó solo, el muchacho se tiró de cualquier modo sobre el camastro señalado y enseguida un sueño suave y reparador se apoderó de su conciencia. Volvió en sí, cuando la hermana con los alerones en la cabeza lo sacudió para despertarlo, la miró extrañado como si se tratara de una visión beatífica. Fijó atento su mirada en los ojos grandes de la hermana de un color aceitunado nunca visto, adornados por unas largas y encrespadas pestañas, enmarcados por unas cejas de color castaño claro que le daban una profundidad penetrante en armonía con la delicada nariz, la piel sonrosada y tersa de toda la cara que dejaba ver el tocado de la cabeza y, la boca, tan bellamente delimitada de donde salía una vez melodiosa con un acento cantado y desconocido al hablar, que lo invitaba a desayunar. Un sentimiento de regocijo desconocido como un picor en la piel y un vacío en el estómago lo embargaron, quedando estampado para siempre en su memoria como un recuerdo que nunca en la vida olvidaría. Como había dormido sin quitarse la ropa ni los zapatos, de un brinco estuvo listo para seguirla a donde lo convidaba. Un poco

más adentro de la casa, en la cocina, sobre una pequeña mesa auxiliar de madera, estaba un tazón grande de aguapanela mezclada con un chorrito de leche, todavía humeante, acompañado de dos panes. La hermana le indicó que esa era su desayuno y le dijo que en unos minutos un ayudante de la apostólica vendría a buscarlo. Debería estar listo en su habitación.

El sacerdote que hacía las veces de ayudante apostólico, un joven de unos 20 años pasados, alto acuerpado, serio y un tanto adusto, vestido con sotana larga de abotonadura, al encontrarlo le movió la cabeza a manera de saludo. Tomó las dos maletas y le dijo lo siguiera. Salieron de la casa del obispo a la gran plaza de la ciudad sede de la diócesis, donde sobresalía la imponente construcción en piedra labrada de la catedral arzobispal: sus dos torres altas, cada una con un reloj y campanario, un frontón con tres puertas una central y dos laterales, abiertas a un atrio inmenso con muchas gradas para descender a las calles por donde circulaban varios carros, diferentes a los camiones efeseis que venían al Pueblo, a traer abastos y a devolverse cargados llenos con bultos de café. Cruzaron por un lado de la estatua central de la plaza donde había una estatua verde oscura del Libertador Simón Bolívar a caballo, blandiendo una espada y se subieron a un auto pequeño de color amarillo que se encontraba estacionado en uno de los costados de la plaza, debajo de un árbol muy tupido que le hacía sombra y desde donde salía el chirrido agudo y persistente de las chicharras. El ayudante sacerdotal le dijo al conductor que abriera la puerta de atrás del carro para poner las maletas y luego, cuando se subieron y estuvieron sentados, le indicó que lo llevara a la escuela apostólica. Al final de una calle empedrada bastante larga, atravesada por varias bocacalles quedaba la casa de la escuela apostólica. Al llegar, el ayudante le pagó al chofer con un billete, bajaron las maletas y golpearon la puerta para entrar.

La casa de la apostólica era otra casona colonial cuadrada, de dos pisos con un patio central, pero recientemente refaccionada y acomodada, que en tiempos pretéritos había sido un convento de frailes dominicos. En la planta baja, los pisos cubiertos con baldosines grandes de barro

cocido llevaban a las alas laterales del patio donde estaban las aulas de clase con pupitres individuales de madera para los alumnos; el ala de atrás la ocupaba el gran salón del comedor y un poco más atrás, en alas separadas, estaban la cocina, la despensa y la procura. Casi al final del caserón, al salir a un solar o patio trasero, había un pabellón no muy grande, recién construido con piso y paredes embaldosinadas con losetas blancas, aguamaniles para la cara y las manos y en el techo, hacia afuera, una hilera de regaderas o duchas colectivas con sus desagües. Al final del pabellón había media docena de inodoros colectivos sin puertas. Arriba, en la segunda planta, entablada con resistentes tablones de madera, estaban, en el ala lateral izquierda el dormitorio de los alumnos, en el ala derecha, el dormitorio de los señores ayudantes o maestros y en la parte frontal, una pequeña iglesia, con un aparatoso altar dorado custodiado por dos ángeles alados cada uno con una varilla que era una lámpara, reclinatorios mullidos para los oficiantes, bancas de madera rustica para los asistentes; las paredes blancas encaladas, estaban adornadas artísticamente con grandes réplicas de los doce oleos de los arcángeles de Sopó.

Una vez recibido Jacinto en la apostólica, se hicieron presentes, para darle un seco saludo y decirle simplemente bienvenido, el director, padre de apellido Pico, un hombre de mediana edad, bajito, achaparrado, con entradas amplias en la frente abombada y gruesos anteojos que le ocupaban su pequeña cara, descansados sobre su nariz ganchuda que le daban una aspecto temible de lechuza en cacería, junto con los cuatro ayudantes llamados señores, profesores jóvenes serios muy bien afeitados, vestidos con largas sotanas negras de botones y de un paño delgado gastado y sin brillo, uno para cada curso de educación primaria reglamentario. El señor Becerra, responsable del curso primero al que venía Jacinto, se hizo cargo del él y de su equipaje, conduciéndolo al segundo piso, al dormitorio: un cuarto largo, poco ventilado y estrecho donde había enfrentadas dos filas de catres de hierro cubiertos por edredones de un lienzo blanco con los bordes terminados en flecos, con una pequeña distancia entre cada camastro; al finalizar el salón había una puerta de madera que abría a un retrete de micción urgente. Le señaló el catre metálico numerado

en cuyo cabecero estaba escrito su nombre, cubierto por el cubrelecho blanco de flecos laterales muy templado. El señor Becerra, le señaló el cubrelecho diciéndole -cada semana, los sábados por la tarde, se le deja un juego de cama aquí en los pies; usted, debe cambiarla y dejarla tal como la encontró, el cubrelecho bien templado, la ropa sucia la debe meter es este talego que esta amarrado a los pies y también el sábado, encontrará su ropa limpia - ¿entendido? Bien, continuó, ahora abra sus maletas y toda la ropa que ha sido marcada con su nombres y apellidos, la debe poner en este pequeño armario que está al lado de su cama -aquí, le indicó, las camisas, aquí sus pantalones, aquí la ropa interior, y las medias aquí; debajo de la cama hay un par de zapatos nuevos con zuela de llanta de carro que dura mucho y no hacen ruido, los zapatos viejos debe dejarlos en la puerta de entrada que allí los recogerán. Mañana a las cinco de la mañana, suena la campana para la levantada; para la tendida de la cama se dan quince minutos, luego vuelve a sonar la campana y usted debe bajar al patio a formar con los demás alumnos llevando el cepillo de dientes y una toalla, en orden y por filas van a los baños a cepillarse los dientes y lavarse la cara, luego, suben rápidamente a dejar los útiles de aseo en el armario de cada uno y se vuelven a formar en el patio; entonces, por filas, van entrando al comedor a desayunar, donde cada uno tiene su puesto asignado que no se puede variar; después del desayuno cada uno sube a la capilla donde tiene su puesto numerado para asistir a la santa misa y la lectura del evangelio que dura hasta las media mañana; terminados oficios religiosos se vuelve a formar en el patio para recibir el pan de la media mañana y después de diez minutos, se entra a las aula de clase donde cada uno tiene su pupitre, a estudiar las materias obligatorias del pensum oficial; la campana suena cada hora para el descanso y recreo, luego, vuelve a sonar para la entrada a clase y así hasta el mediodía, cuando suena dos veces; se forma en el patio para entrar por filas al comedor; después de almuerzo hay un descanso de una hora, donde ustedes pueden jugar en el patio hasta las dos de la tarde cuando se forma en el patio y de nuevo, entran a las aulas de clase a estudiar la doctrina católica, memorizar el catecismo, meditar sobre la biblia, los santos evangelios y la historia de la santa madre Iglesia. Hizo una

pausa para continuar -los baños son dos veces por semana al final de la tarde, por turnos según los cursos; al primero le tocan los lunes y los jueves; se les le avisará; los inodoros como son abiertos se pueden usar cuando se necesite, solo hay que avisarme cuando vaya a ir; ah, se me olvidaba, los domingos vamos a la cancha municipal a jugar futbol en diferentes categorías. Miró la cara de asombro de Jacinto, movió la cabeza y le dijo -no se asuste, todo eso lo irá aprendiendo con los días, terminó.

Y así fue; entre los lloros por la separación de su familia, de su hermana, pero por sobre todo de su madre, llantos que los ayudantes ridiculizaban diciéndole que era una fiebre pasajera llamada "mamitis"; la pérdida de la sensación de libertad tan plena que tenía en el Pueblo con sus potreros, ahora encerrada entre cuatro paredes asfixiantes; el manto oscuro y opresivo de silencio nocturno, que cubría el largo cuarto del dormitorio donde solo se sentían las pisadas del señor Becerra, caminando como una sombra sobre el crujido de las tablas del estrecho pasadizo entre las dos hileras de camas enfrentadas; el rechazo producido a tomar todos los días como desayuno aguapanela, y bajarla con un pan esponjoso y sin sabor; a tomar esas sopas de plátano, papa y arroz, con algún pedazo de hueso poroso de mal olor, mientras se escuchaba la voz gangosa del señor Vaca, que leía durante las comidas y refrigerios un libro llamado la Imitación de Cristo, llamando a la obediencia y el servicio a Dios. La monotonía de los días sucesivos en una repetidora enervante, angustiosa y sin sentido, los tañidos desesperantes y apremiantes de la campana con sus disciplinas; las misas interminables y las predicas terroríficas sobre las llamas eternas abrazantes que esperaban a quienes cometían por la noche pecados solitarios que Jacinto, todavía no alcanzaba a comprender; los castigos, estrujones, sacudidas y pellizcos, las humillaciones y sanciones vergonzantes e ignominiosas como exhibir ante todo el alumnado al niño avergonzado con su colchón orinado la noche anterior, o poner un gorro de papel con el letrero de soy un burro, y sentar al castigado en frente de sus compañeros porque en algún momento no pudo o no supo recitar con rapidez en especial la lista en estricto orden con sus respectivas jerarquías del ejército celestial de ángeles, arcángeles,

serafines, querubines y tronos, o los catecismos, el mariano, el del padre Astete, la retahíla de los papas romanos, los misterios del santo rosario, los gozosos, los dolorosos, los luminosos, los gloriosos; las letanías lauretanas en latín, o no poder repetir sin equivocarse en una palabra todos los ritos y respuestas en latín de un monaguillo en las misas diarias en la capilla. Todo eso, fue llenando a Jacinto de un sordo y tórpido resentimiento contra esa gruesa tenaza del padre Pico con sus señores ayudantes, que diariamente apretaba con un dominio escueto y opresivo a los 50 niños que allí con él se encontraban. Un sentimiento cada vez más enconado de rechazo abierto contra la imposición, la humillación, la vejación, la burla inicua y el oprobio.

Sorpresivamente, un día cualquiera, siete meses después de la llegada de Jacinto a la escuela apostólica, la exasperante y ultrajante rutina se trastocó completamente. Después del mediodía, la odiada campana sonó al vuelo sin parar y sin anunciar ninguna disciplina clara, y todos los niños empezaron a correr sin rumbo presas de un susto extraordinario; salía un humo negro denso y hollinoso de la parte de atrás de la casona apostólica; se oían gritos estridentes y amenazantes en la callejuela trasera, de un tumulto creciente, y ni el padre Pico, ni los señores ayudantes aparecían en ninguna parte para dar aclaración o instrucción alguna. Los gritos cada vez eran más agresivos y el humo empezó a ser remplazado por llamaradas rojizas y chisporroteos terroríficos; de pronto, la puerta de la escuela se abrió de par en par y un grupo de policías con gorro y uniforma azul comandados por un oficial acuerpado de kepis alto, entraron dando órdenes precisas: Hicieron formar rápidamente a los alumnos en el patio y en orden los fueron evacuado hacia un camión estacionado en frente de la puerta de la casona, resguardado por otros policías apostados con fusiles a su alrededor.

Era el nueve de abril de 1948. Los gritos provenientes de atrás de la calle ya eran más entendibles ¡mueran los curas laureanistas! era el más sobresaliente y el que más se escuchaba entre el vocerío. El jefe de los policías, rápidamente ordenó que el camión llevar a los niños hacia el batallón del ejército situado unas cuadras abajo a la salida del

barrio de santa Teresita. El tumulto había comenzado en el barrio de la casa de mercado después del mediodía, una vez la radio anunció, a grito herido que, en Bogotá, en la carrera séptima cerca de la plaza de Bolívar y de la catedral primada había sido asesinado, a tiros, el jefe del partido liberal Jorge Eliecer Gaitán. En una venta de carnes o “fama” que tenía como enseña un trapo rojo en la puerta en forma de banderín con el que indicaba a los compradores sus existencias de carne; dos hermanos de apellidos Gomezese, muy conocidos y estimados en todo el barrio del mercado, partidarios acérrimos y seguidores de las predicas gaitanistas, tenían un potente aparato de radio sintonizado en la emisora de Bogotá, que trasmítia gritando las noticias de lo que estaba sucediendo en la capital; sacaron el aparato a la puerta, y a todo volumen empezaron informar a los concurrentes. Muy pronto hubo una multitud agrupada alrededor del taburete donde había sido puesto el aparato; los ánimos se fueron crispando y enconando a medida que los afanados locutores informaban y, la multitud congregada empezó a dar los gritos con los cuales el propio Gaitán terminaba sus emotivos discursos: Muerte al gobierno, a la oligarquía liberal conservadora, a los curas laureanistas y a los godos reaccionarios a quienes el propio Gaitán había responsabilizado de su muerte si esta llegase a ocurrir. Ya conformada una nutrida manifestación arropados con trapos rojos y banderas se dirigieron a la plaza central de la ciudad, donde se encontraba la casa de gobierno y la alcaldía a expresar su ira y rechazo por lo sucedido. Cada vez más personas se fueron sumando a la multitud inicial y pronto la plaza entera estuvo llena. El timorato alcalde asustado, ordenó cerrar las ventanas de la alcaldía y trancar con palos gruesos o trancas las puertas de la casa gubernamental y los juzgados, actitud que fue seguida por los tenderos y comerciantes que tenían sus almacenes alrededor de la plaza central. La multitud empezó a lanzar piedras a las puertas y ventanas; hubo estruendos de vidrios rotos, postigos partidos y puertas despedazadas; comenzaron los saqueos de los artículos que se ofrecían en aquellas tiendas, especialmente de ropa fina y licores de lujo como brandis, coñac y vinos traídos de Europa que el pueblo no conocía o no tenía. Agotados estos, la multitud corrió hacia el otro costado de la plaza, hacia el

estanco municipal, donde desde tiempos coloniales se acumulaban los aguardientes locales y departamentales. Ya, la ebriedad individual y colectiva era generalizada. Entonces, comenzaron los incendios; intentaron ir sobre la casa arzobispal pero la hermana Inés del redentor, la que había recibido a Jacinto a su llegada, en un gesto realmente valeroso salió a la gran puerta arzobispal y con su alta presencia, su belleza y la imponencia de su hábito negro y blanco con sus adornos y alerones en la cabeza, muy serenamente le dijo a la multitud que allí solo habitaban cuatro personas, el obispo, ella y tres muchachas del servicio, todas ellas buenas, pobres y dedicadas al servicio de Dios. La multitud sorprendida o impresionada retrocedió. Una voz de entre ellos gritó -Entonces vámonos por el jijueputa cura Pico, que es más godo de todos. Y así, gritando la multitud de dirigió a la casa de la escuela apostólica. Al ocaso del día, cuando el comandante del puesto del ejército con una patrulla combinada de soldados y policías de uniforme azul llegó a la plaza, solo encontraron unos cuantos borrachos tendidos en el suelo o acostados en las bancas públicas que allí había. Tres pequeños incendios parciales ya en extinción y algunas puertas carbonizadas de donde salía un humo denso, negro e irrespirable completaban el cuadro de la plaza central de la ciudad sede arzobispal. En la casa de la escuela apostólica, toda la parte posterior donde se hallaba la despensa y la procura estaba completamente derrumbada y saqueada y de los hermanos Gomeze, no se volvió a saber nada, nunca más.

Sabiéndose ya, que en Bogotá el ejército y la policía enviada rápidamente desde Tunja, habían impuesto el orden público y que el presidente Ospina Pérez, con el apoyo del opositor partido liberal había conformado con sus principales jefes un gobierno transitorio de unidad nacional; en la ciudad arzobispal, el obispo convocó a todas las autoridades y fuerzas vivas de la ciudad a un solemne “te deum” en la catedral diocesana: pomoso, solemne, masivo y conmovedor resultó el oficio religioso para dar gracias a Dios por haber evitado una desgracia mayor y pedir sinceramente, con toda el alma, perdón por los pecados y blasfemias cometidas en su contra. El alcalde, los jueces, los comandantes y oficiales más importantes del batallón del

ejército y del puesto de policía, los hacendados y ganaderos del barrio exclusivo de los castaños, los aterrorizados comerciantes del marco de la plaza, muchos de los pequeños comerciantes y artesanos del barrio del mercado, así como numerosos habitantes y vecinos de la ciudad sede arzobispal, entre inciensos, canticos, agua bendita sobre los escombros carbonizados, caminaron en nutrida procesión silenciosos y bien puestos detrás del lujoso palio o dosel dorado de seis varas, que cubría al obispo con la deslumbrante custodia eucarística de oro de la catedral en sus manos, acompañado del padre Pico y sus ayudantes de la apostólica. Ya de regreso en cuartel, el comandante del ejército empezó a organizar el regreso de los niños rescatados hacia sus respectivos municipios, desde donde habían sido traídos. Jacinto, debió esperar dos días en el salón habilitado para alojarlos; finalmente, un soldado lo llevó hasta la agencia de transporte cercana a la casa de mercado, donde el chofer del bus que lo había traído hacia siete meses hacia la línea de regreso al Pueblo, lo reconoció y le dio un puesto preferencial adelante. El viaje de regreso fue igual de tedioso, aburrido y sacudido que el de venida, solo mitigado por la alegría de sentirse libre y poder volver a su casa. Al día siguiente de su llegada, don Gabriel, fue a la casa cural a conversar con el padre Antonio -padre ¿qué hacemos con Jacinto? -no se preocupe don Gabriel, le respondió; hay que cumplir con la voluntad de Dios que escogió ese muchacho para su servicio -pero padre, pero yo no tengo como reponerle todo lo que su reverencia gastó en el equipo del niño -bueno, contestó el padre Antonio -entonces, como compensación, le daré la oportunidad de que me ayude con los pequeños trabajos aquí en la iglesia por las tardes con el sacristán, el señor Linares -usted lo conoce ¿no? para que siga educándose en la doctrina católica y haga sus cursos de la primaria con las tareas que yo mismo le voy a poner y así no tenga que ir a esa escuela pública; don Gabriel, movió la cabeza afirmativamente. El sacristán, hombre oriundo de la ciudad arzobispal de apellido Linares, de algunos 50 años, enjuto, cenceño, de estatura mediana, cara afilada, medio calvo, ojos oscuros de mirada escudriñadora, muy eficiente en el cumplimiento de sus tareas eclesiásicas, no tuvo reparo en acoger e instruir a Jacinto, una vez el padre lo puso bajo su custodia.

Pronto establecieron una rutina provechosa: por la mañana Jacinto permanecía en su casa haciendo los deberes, planas y tareas que el padre Antonio le ponía el día anterior sobre libros, cuadernos y folletos que él le había proporcionado y por la tarde, después del almuerzo, iba a la casa cural a responder personalmente al padre; recibía las nuevas tareas y se iba para la sacristía de la iglesia a encontrar al señor Linares para ayudarlo en el arreglo de la iglesia, los ornamentos de la misa, hostias, vino de consagración, alumbrado, cirios, velas y veladoras, incienso, página de la biblia para leer, disposición de los reclinatorios, limpieza de las bancas y del piso de la iglesia, como de la preparación del salón lateral donde se reunían los asistentes de las congregaciones auxiliares: la acción católica y las damas de María. Ocasionalmente, cuando el padre Antonio debía ir a alguna vereda lejana a cumplir con el sacramento de la extremaunción a un moribundo, o asistir algún herido grave antes de su muerte o a su entierro si llegaba demasiado tarde, debía acompañar al señor Linares hasta los corrales de la iglesia, enlazar el mulo que trasportaba al padre, ayudarlo a ensillar y traerlo hasta la casa cural. Jacinto, aprendió la rutina con rapidez y de verdad fue una ayuda grande para el sacristán y para el padre. Así, en un ambiente sin alteraciones graves en el marco del Pueblo, donde se ignoraban o se pasaban por alto los terribles acontecimientos y muertes que estaban sucediendo en sus afueras, en los campos, veredas y cafetales, Jacinto, avanzó en educación y formación durante 5 años, cumpliendo prácticamente la educación primaria. Ahora si sabía cuáles eran las jerarquías entre ángeles, arcángeles, querubines y serafines del ejército celestial. Pero, nuevamente, un incidente vino a alterar la calma aparente que se traía en el Pueblo.

Un mes antes del golpe cívico militar que subió al general Rojas Pinilla al gobierno en 1953, el señor Velasco, el dueño de la casona donde el papá de Jacinto tenía la tienda, con motivo de haber completado y terminado en su finca cafetera, un patio largo cementado con un techo corredizo de hojas se zinc montado sobre unos rodachines llamado beneficiadero de café, donde se extendían los granos despulpados para que los rayos del sol los secara, y si llovía, cubrirlos rápido con el techo corredizo; invitó a la familia de don Gabriel a la inauguración

que se iba a hacer en esa vereda con asistencia de vecinos. Él, con su esposa harían un asado de ternera y se haría un pequeño brindis con bebidas de la región. Jacinto, no pudo ir porque debió acompañar al padre Antonio en una extremaunción en otra vereda distante de la del Hato, donde quedaba la finca del señor Velasco. Cuando vino el yip que debía llevarlos hasta al Hato, Hermencia, su madre, como si tuviera un extraño presentimiento, abrazó fuertemente a su hijo y gimiendo por un instante se despidió de él enjugando unas lágrimas -es solo por un día, dijo don Gabriel. Se despidieron y quedaron de volver al día siguiente. La inauguración del beneficiadero de café y el asado, acompañado de música del requinto típica de la región, alegró a los vecinos y volvió a reinar la quietud del campo. Al otro día, un mensajero vino a avisarle al señor Velasco, que el yip contratado para venir a recogerlos se había dañado y demoraba su reparación, por lo que debían regresar a caballo -que vaina, dijo -ahora nos toca conseguir caballos para regresar, claro que aquí no será difícil, agregó; en efecto, no fue difícil conseguir prestadas entre los vecinos asistentes al asado las cinco cabalgaduras para el señor Velasco con su esposa, para don Gabriel, la madre y la hermana mayor de Jacinto. No vinieron por el carreteable que llegaba a la hacienda sino por el camino público que era un trecho más corto. No habían andado media hora de camino, cuando desde unos matorrales en las orillas, empezaron a dispararles con escopetas de cacería, carabinas y revólveres. Todas las cinco personas cayeron muertas de sus cabalgaduras. La noticia se regó por la región como una mancha de aceite sobre el agua - ¡Virgen santísima! exclamó el padre Antonio llevándose las manos a la cabeza cuando le avisaron - ¡Ampáranos y favorécenos! Demoraron un poco en darle la noticia a Jacinto; finalmente, el padre Antonio lo llevó a la iglesia y allí ante el altar, le dio la noticia. Al principio, incrédulo, parecía no captar lo que el padre le decía, hasta que cayó de rodillas cubriendose la cara con las manos en una crisis larga e inconsolable de llanto. Esa tarde trajeron los cinco cuerpos en sus ataúdes, facilitados por Pedronel, el maestro carpintero del Pueblo, para ponerlos en la nave central de la iglesia y oficiar velorio. El alcalde y el jefe del puesto de policía, le avisaron al padre Antonio que atribuían la masacre a venganzas de

la chusma nueveabriéña, por líos de propiedades y problemas en los negocios del café, e iniciaban desde ya su persecución para someterlos al orden y al peso de la ley.

Pasada la conmoción inicial, se realizaron las pompas fúnebres de las familias asesinadas. Un cortejo solemne encabezado por el padre Antonio, visiblemente avejentado, vestido con unos ornamentos morados sobre la gastada sotana negra, acompañado por el sacristán y Jacinto, y una multitud pueblerina que silenciosa y grave, arrastrando los pies y portando el estandarte azul y blanco de la virgen María, la imagen en tela del sagrado corazón de Jesús y las andas con los ataúdes, caminó hasta el cementerio ubicado a la salida del Pueblo. La ceremonia religiosa en el lugar donde el humilde sepulturero había preparado las tumbas no duró mucho, como si el padre Antonio quisiera pasar rápido ese trago tan amargo. Jacinto, fue acogido en la casa del sacristán Linares, pues no quiso regresar a su casa la que permaneció cerrada hasta cuando su tía Matilde, la hermana menor de la madre de Jacinto, vino desde la capital del departamento donde vivía, a hacerse cargo de él. Ella, liquidó y cerró la tienda y se llevó consigo a Jacinto.

Una la sensación de que algo desastroso y catastrófico estaba en camino se apoderó de la mente del padre Antonio; era el atardecer de un día cálido pero ventoso, suspiró profundo y prolongado, miró al firmamento todavía azulado casi sin nubes y decidió entrar a su aposento para reflexionar. Se sentó en la única silla de madera tosca junto con una mesa de tablones grandes y rústicos, donde yacían esparcidos varios libros abiertos y desordenados, que le servía de escritorio y concluyó que debía ir a la ciudad sede de la diócesis a conocer la opinión del señor obispo y de ser posible, conocer sus instrucciones; salió del cuarto y buscó a Marujita. La encontró al fondo de la casa, en la cocina, soplando, con una soplador o china hecha de paja gruesa y dura, los fogones de piedra donde estaban las ollas cocinando las viandas de la cena -¿qué se le ofrece a su reverencia? le preguntó la mujer; el padre Antonio le respondió con un poco de sequedad – necesito ir con urgencia a la diócesis, así que prepáreme

la maleta de viaje pequeña con alguna ropa blanca y avísele al señor Linares que se haga cargo de mantener la iglesia abierta y funcionando durante los pocos días de mi ausencia, dicho esto se regresó a su cuarto. Una vez hubo cerrado la puerta fue al reclinitorio de felpa azulada ya muy desteñida por el uso que estaba a un lado de la puerta y durante un rato largo bisbiséó oraciones y letanías; un poco más tarde ya bien entrada la noche, se recostó en la cama rustica tendida y ordenada por Marujita diligentemente, donde reposaba; pronto, en una duermevela, tuvo la sensación de haber visto y oído a un ángel muy vaporoso haciendo sonar estridente la trompeta del juicio final; respirando agitadamente debió reincorporarse sobresaltado; volvió a rezar encomendando a Dios el viaje de mañana y se volvió a dormir, esta vez un poco más profundo, hasta el alba del otro día. Tomó el pequeño bus que hacía la línea hasta la capital del departamento, haciendo el esperado viaje por la carretera y el paisaje conocidos y, después de casi trece horas de un sopor largo y paralizante, sentado en la silla metálica golpeante del carromato, parando según la voluntad del chofer para un refrigerio o un descanso fisiológico, llegó a la ciudad cede del palacio arzobispal. Golpeó el gran portón y salió a recibirla la hermana Inés del Redentor. Después de un corto saludo, ella le indicó la siguiera por el un zaguán de lajas planas y pulimentadas que bordeaba el jardín interior que a un lado tenía una amplia escalera de rústicas tablas ya gastadas, por donde se subía a un corredor entablado con balaustres torneados que protegían las habitaciones de la segunda planta, y lo llevó hasta la puerta del cuarto donde reposaría y se acomodaría hasta la hora de la cena, cuando se le avisaría. El padre Antonio, entró en el aposento indicado por la hermana, respiró el ambiente contenido que le recordó el olor a la yerbabuena de menta con el Marujita barría su habitación; deshizo su equipaje, sacó la Biblia de la maleta, retiró el taburete que acompañaba la mesa de madera que servía de escritorio y se sentó; tirando la cintilla morada que le servía de guía abrió la Biblia y se dispuso a continuar con su lectura, leyó un rato largo y luego como de costumbre, musitó unas oraciones; se recostó en el lecho bien arreglado que allí se ofrecía y un sueño de cansancio le llegó, hasta cuando muy temprano de la mañana siguiente lo despertaron los

golpes prudentes en la puerta de la habitación y la voz de la hermana llamándolo a desayunar en la planta baja, donde monseñor lo esperaba. No tenía conciencia del tiempo dormido sino del sueño extraño que había tenido y recordaba perfectamente. Era una ciudad perfecta de Dios donde reinaba el bien, aunque no faltaba el mal; una ciudad de sueño muy ordenada y minuciosamente organizada que le recordaba en algo la ciudad que lo había impresionado tanto y tan profundo cuando siendo seminarista se imaginó, al leer varias veces el libro la ciudad de Dios escrito por los jesuitas del Paraguay: una bella y grande catedral de gruesos muros de piedra pulida y labrada, torre gótica bien sobresaliente por delante de una hermosa cúpula redonda ubicada en el centro perfecto de una plaza geométrica, rodeada de hermosos y armónicos edificios de logias gremiales y comerciales, en cuyo interior, debajo directamente del centro de la cúpula y antes del altar, una fuente de piedra labrada de estilo español manaba sin fin un agua pura y cristalina. Al despertarse por el llamado de la hermana, tuvo sed; vertió agua de la jarra en la jofaina situada cómodamente a un lado de la puerta de entrada al cuarto y se enjugó con el agua fría la cara; luego se vistió la sotana y se dispuso a bajar la escalera hasta la planta baja, donde al otro costado del jardín interior estaba el comedor. Una gran habitación con piso de baldosines de barro cocido, con paredes blancas encaladas y adornadas artísticamente con varios oleos con imágenes bíblicas, el entablado del segundo piso le servía de cielorraso y en el centro de la sala, una gran mesa de madera para seis puestos cubierta con un mantel blanco inmaculado terminado con encajes y bordados exuberantes; sobre la mesa un frutero de plata ofrecía mandarinas, mangos, naranjas, chirimoyas y diminutos bananos dulces, dispuestos en forma artística; había cubiertos plateados y platos para tres personas. La hermana Inés, con una seña cortesana le indicó un sitio; en frente se hizo ella, reservando la cabecera de la mesa para monseñor, quien hizo su aparición después de unos cuantos minutos de espera. Su cara adusta, enmarcada por grandes orejas mostraba ya sus años; destacaba una frente amplia y despejada que no alcanzaba a cubrir el solideo rojo amaranto casi fucsia echado hacia atrás, dejando entrever un poco de cabello castaño; una mirada inquisidora y recia

remarcada por los grandes aros redondos de sus antojos, matizada por un gesto facial que subía su delgada boca como si fuera una sonrisa fría correspondía con su tamaño corporal; vestía la sotana negra larga de incontables botones de color rojo fucsia, que resaltaba el blanco almidonado del alzacuello romano; sobre sus hombros tenía la capa corta de borde amaranto y en el pecho, una gruesa cadena dorada de donde pendía una maciza cruz romana con una esmeralda en el centro; en la cintura, ceñía el ancho fajín que armonizaba con el color del solideo.

Monseñor, había nacido a comienzos del siglo XX, en la región cafetera de Caldas, en el occidente colombiano, donde estudió y realizó su carrera sacerdotal y eclesiástica, destacándose por su gran ánimo y diligencia como educador y organizador, virtudes que lo llevaron al obispado. Monseñor, extendió la mano derecha hacia el padre Antonio para que besara el gran rubí engastado en su protuberante anillo episcopal, pronunciando luego un saludo prolongado con una serie de preguntas sobre el viaje y el momento; el padre, se inclinó respetuosamente y puso sus labios sobre la gran sortija, respondiendo el saludo y la pregunta con las breves formas de la cortesía clerical, luego, monseñor indicó que se podían sentar. Rezaron en latín una oración dando las gracias al Señor por los alimentos que iban a recibir y a continuación dio unas palmadas; de inmediato llegó la criada con la sopera de porcelana blanca y sirvió el caldo aún humeante y oloroso en cada uno de los platos dispuestos; desayunaron despacio y en silencio finalizado con una taza rebosante y espumosa de chocolate de la región, acompañada de amasijos; la hermana pidió disculpas para retirarse y una vez la criada hubo limpiado la mesa, monseñor, inspirando profundamente y mirando fijamente al padre comenzó a hablar -reverencia, le dijo a pesar de su superioridad, -he sido informado, dijo moviendo el dedo índice de la mano derecha -que en vuestra parroquia fiel rebaño de Cristo nuestro señor, pilar de nuestra querida y venerada santa madre Iglesia y de nuestra nación; vuestra feligresía ha sido víctima una vez más de la maldad y el odio partidista resucitado que ha llevado a vuestro rebaño en una situación calamitosa que, una vez más, embarga de pesadumbre nuestro corazón y hace

necesario entrar a remediar lo más pronto posible; soy conocedor de las horrorosas desgracias y fatalidades que los hijos del Señor en nuestra querida Colombia, han tenido que sufrir después de los luctuosos y destructivos acontecimientos ocurridos en Bogotá aquel fatídico y aciago nueve de abril, que lamentablemente como una peste maligna se ha esparcido lentamente por todo el país llegando hasta nuestra diócesis y desquiciando el orden público y moral de toda la nación; nuestro desconsuelo ha llenado de pesar nuestros corazones, muy a pesar de todos los serios y energicos esfuerzos de nuestros muy respetados presidentes de la república, y sus autoridades civiles y religiosas por imponer la concordia y la ley de Dios. Monseñor, hizo una pausa para tomar aire y prosiguió -como si fuera poco, esa maldad ha llegado a vuestra feligresía para empaparla en sangre; es terrible, y lo peor, es que, si el furor homicida de esta interminable borrasca no se logra conjurar con sabiduría cristiana, rápida y adecuadamente, pude muy seguramente destruir el alma de toda nuestra nación; un verdadero apocalipsis, dijo enfático. El padre Antonio, que tenía las manos con los dedos entrecruzadas en el regazo de su sotana, movió la cabeza afirmativamente, dándole una ligera mirada al Prelado, quien prosiguió sosteniendo el énfasis y la solemnidad de su mensaje -los obcecados enemigos de la iglesia y de las autoridades pretenden seguir en esta vorágine sangrienta, llevando la muerte y la destrucción a la feligresía de algunos campos y ciudades de la patria y en especial vuestro rebaño, destruyendo el orden y alterando la paz pública; la mayoría de estos desordenes son incitados por unos engendros del demonio, quienes aprovechándose de la difícil situación por la que atraviesa nuestra nación, propalan con un lenguaje incendiario doctrinas disociadoras del orden natural establecido, con la pretensión de sembrar no solo el desorden, la anarquía, la perversión y el libertinaje, muy distinto de la verdadera libertad cristiana, sino por sobre todo, el odio homicida tan destructor; su intensión claramente demostrada es arrancar de nuestros corazones la fe de nuestros antepasados y de nosotros mismos en Jesucristo y en su Iglesia, que son los pilares que sostiene nuestra sociedad y nuestra nación: esto no puede mirarse a la ligera o con liviandad, continuó su exclamación el Prelado tomando

aire y moviendo con energía las dos manos en sentido confluente agregó, - sino que se debe actuar con severa actitud cristiana que devuelva la verdad, erradique el error y lleve nuevamente a la grey a vivir conforme a los diez mandamientos de la ley de Dios; a cumplir las sencillas y veneradas prácticas de la doctrina cristiana de la caridad, el amor al prójimo, la educación en Cristo, junto con la obediencia a su Iglesia, recomendada por nuestro jefe máximo el sumo pontífice romano. El padre Antonio, volvió a levantar los ojos hacia monseñor con una mirada disminuida y cansada, acompañada de un gesto facial como interrogación; monseñor pareció captar la preocupación y se dispuso a terminar -una sola cosa debe hacer su reverencia en vuestra parroquia, dijo mirando directamente al padre Antonio y, reforzando su afirmación con el dedo índice derecho agregó - como corresponde a un buen pastor con su rebaño, cuando llegan los lobos y más cuando son enviados por Satanás, se debe agruparlo, organizarlo y prepararlo para enfrentar el peligro con la doctrina enviada desde Roma, nuestra capital espiritual. Se hizo un silencio denso durante unos largos segundos; luego, monseñor prosiguió con mayor rotundidad hacia la conclusión -hay que actuar con rapidez, reforzando los grupos de feligreses cercanos tal y como lo recomienda las autoridades eclesiásticas de Roma; grupos de verdaderos creyentes que defiendan decididos de nuestra santa madre Iglesia y antepongan la bandera azul y blanca de María santísima, a la bandera de esos mensajeros del descreimiento, el libertinaje y la perversión; esto debe ser rápidamente conjurado o de lo contrario vendrá una verdadera hecatombe sobre toda nuestra nación, tan larga y difícilmente construida. Monseñor, un poco exhausto hizo una pausa larga con una expiración prolongada; puso las manos en el regazo con los dedos entrecruzados una vez hubo retomado aire exclamó a manera de conclusión -días muy difíciles nos esperan. Un silencio prolongado cubrió el ambiente, roto cuando se persignó y rezó una breve invocación en latín; echó pesadamente hacia atrás la silla donde estaba sentado y se levantó sin mirar hacia atrás, dirigiéndose hacia la puerta de salida del comedor.

El Padre Antonio, permaneció unos minutos sentado, inmóvil, miró a monseñor que se alejaba y se dispuso también a salir del comedor,

subió las escaleras hacia su habitación y cuando hubo llegado y cerrado la puerta, preso de una gran preocupación se arrodilló en el suelo, entrecruzó los dedos a la altura de sus ojos firmemente cerrados, siseó durante varios minutos una serie de oraciones pidiendo ayuda; se sentó ante la mesa escritorio y volvió a abrir la Biblia, esta vez al azar, leyendo durante largo rato el pasaje de la página abierta; un poco después ya sosegado escribió en la pequeña libreta que llevaba en su bolsillo, las impresiones más importantes y las instrucciones dadas Monseñor: agrupar y organizar el rebaño del Señor para su protección.

Adolescencia

El muchacho Jacinto en plena turbulencia de la pubescencia, empezó otra vida en la capital del departamento, una ciudad mediana y bastante activa, en la habitación de su tía Matilde. Ella, una mujer realista, todavía agraciada, de unos 35 años soltera y sin hijos, vivía sola pues había sido abandonada por su compañero sentimental hacía un año, debido a su infertilidad. Siendo todavía muy niña Matilde, vivía con su madre y su media hermana mayor Hermencia, en una vereda no muy lejana del Pueblo, en un rancho campesino de arrendatarios de una pequeña finca ganadera; su madre, abandonada por su pareja de ocasión, repentinamente tuvo unos cólicos muy intensos y dolorosos, al parecer apendicitis, que le causaron una muerte sin remedio. Las dos niñas solas y desamparadas fueron recogidas por una vecina amiga quien las sostuvo un poco tiempo mientras les buscó destino afuera: Hermencia la mayor, fue enviada al Pueblo a la casa del señor Velasco, a realizar los oficios domésticos donde al poco tiempo conoció a don Gabriel, el tendero de primer piso, con quien pronto formalizó una unión que terminó en un matrimonio sin mayores agasajos; Matilde, todavía una niña fue enviada como muchacha del servicio en la casa de una familia de hacendados y cafeteros de la región, que tenían la sede principal de sus negocios de exportación en la ciudad capital del Departamento, perdiendo prácticamente contacto con su origen y con hermana con quien solo tenía contactos esporádicos bastante superficiales. Pronto, quedó embarazada de uno de los hijos del dueño de la casa donde servía, pero tal vez su constitución o lo duro de su trabajo le precipitaron un aborto abrupto que debió ser atendido con mucha urgencia en el Hospital departamental, que le dejó secuelas permanentes de infertilidad; salió de allí anémica y en muy mal estado físico por lo que fue despedida del trabajo servil, debiendo buscar otro trabajo; tomó en alquiler un cuartucho en el barrio pobre de la ciudad y según había oído, buscó empleo como lavadora de ropa de los soldados de la brigada; era una labor agotadora y también muy mal remunerada, aunque por la necesidad debió aguantar durante

varios años. Hizo amistad con otras mujeres compañeras del trabajo y por ellas se enteró que en el centro de la ciudad en una importante y destacada cafetería que servía de tertuliadero a políticos y personajes importantes del gobierno departamental, tal vez por su figura todavía juvenil pudiera tener suerte en conseguir un mejor trabajo, se presentó portando su mejor traje, el dominguero, causando buena impresión al dueño del café por sus maneras comedidas y atentas aprendidas en la casa de la familia donde servía; la empleó como mesera para atender y servir el café tinto o los pasteles y amasijos que solicitaran los clientes, estando prohibida totalmente la venta de bebidas alcohólicas. Fue un trabajo relativamente fácil sin un esfuerzo extenuante que también le permitía estar al tanto de los acontecimientos importantes del país y de la región; el dueño del café, un hombre casado y con hijos empezó a requerirla amorosamente prometiéndole que la sacaría una habitación buena y en un lugar central para que vivieran la doble vida que él pretendía llevar, y así, varios años de realismo y maduración, hasta hace un año, cuando su compañero, el dueño de la cafetería, por razones que cubrió con el pretexto de la infertilidad de ella, rompió su relación y la abandonó en el cuarto que compartían, aunque permitiéndole seguir trabajando en el café; allí se enteró de la masacre ocurrida en el Pueblo, del señor Matías Velasco, importante miembro del partido de gobierno, junto con y la muerte de toda la familia de su hermana Hermencia. Entonces, decidió tomar la chiva de transporte hacia el Pueblo, para ir a apersonarse de lo sucedido; no demoró mucho en vender por una suma pequeña de dinero la tienda del padre de Jacinto, pues según se enteró, la filiación conservadora del dueño de la casa, había sido la razón de la matanza familiar, y era una causa más que suficiente para sacar inmediatamente del Pueblo a Jacinto el único sobreviviente. Con la pequeña herencia de la tienda de don Gabriel, Matilde, se dispuso a atender la orfandad de Jacinto, dándole algo de consuelo y afecto que ella sabía había sido muy rudimentario en la casa de su hermana; Jacinto, permanecía todo el día en la parte de la pequeña habitación de Matilde, solitario y huraño, embargado totalmente por el quemante dolor que le causaba el recuerdo de su familia tan cruelmente asesinada y destruida, que acompañaba con

un sentimiento persistente y muy profundo de venganza. No quiso ir a la escuela que le propuso su tía Matilde –no quiero estudiar más, le respondió secamente cuando ella se lo propuso; ella, entonces, se preocupó por buscarle un trabajo o una ocupación que lo sacara de su encerramiento; finalmente en una gasolinera y montallantas que había en el extremo del barrio donde vivían, le consiguió un trabajo mal pago de ayudante en el montallantas, quitando tuercas y poniendo los neumáticos reparados en los coches que demandaban el servicio; un trabajo físico agotador, pero que lo mantenía ocupado y distraído; regresaba al atardecer a casa donde Matilde procuraba tener lo necesario para vivir con relativa comodidad; después de cenar hablaban algo muy superficial y se iba cada uno a su cama, pero a Jacinto, antes de dormir, le volvía con más intensidad esa fuerte furia vengativa que lo embargaba; le pidió ayuda a su tía y ella empezó a explicarle con paciencia y cuidado muchas cosas de la vida, de la familia, de ella y de la ciudad en que vivían que ella sabía le eran desconocidas por él, pero indispensables para poder vivir en una ciudad grande como la capital. Con el correr de los meses y pasado un tiempo, a medida que veía cambios en el vello de su cuerpo y en su voz, empezó a mirar de manera diferente a su tía, cuando ella se cambiaba la ropa antes de acostarse, y a observarle detenidamente su cuerpo de una manera que no pasó desapercibida para ella. Así, en una de esas conversaciones nocturnas ella, tomando la iniciativa, lo sedujo llevándolo a su cama e iniciándolo sexualmente. El mundo que esa experiencia le abrió, acabó de trastornar su precario equilibrio emocional y a medida que Matilde le decía que el amor entre ellos no era ningún pecado y menos un delito, sino algo muy especial que muy pocos podían entender, y por esta razón debían mantener su amor en el más estricto secreto; tornándose aún más reservado, impulsivo, egocéntrico, e indiferente ante los demás y ante los principios que antes le habían enseñado. Los domingos se daban un buen baño, vestían sus mejores ropas y tomaban un bus urbano que los acercaba al centro de la ciudad donde disfrutaban de un relativo anonimato; empezaron a frecuentar cines, a pasear, mirar vitrinas de almacenes lujosos donde había mercancías y ropajes que ni siquiera sospechaba existieran, fuentes de soda y

cafeterías, eso sí, evitando totalmente el alcohol o la marihuana, cuya moda empezaba a expandirse en su barrio; hasta cuando Jacinto cumplió sus quince, que le permitieron ser reclutado para el servicio militar obligatorio. Habían transcurridos dos años desde el exterminio de su familia y su viaje a la capital departamental, donde había hecho un aprendizaje demoledor que cambió completamente la visión de su mundo. Dos años también de acelerados y radicales cambios y trasformaciones en todo Colombia.

Crisis

Desde inicios de 1953, era visible un colapso institucional en Colombia, dada la incapacidad del Poder gobernante para controlar la violencia sectaria de larga data entre los dos partidos tradicionales, el liberal y conservador, de más de un siglo de duración con nueve guerras civiles cada diez años durante el siglo XIX, prolongada hasta 1946, en el siguiente siglo, en la forma de escaramuzas municipales parciales; hasta cuando se volvió a generalizar como enfrentamiento mayor por todo el país, a raíz de la llegada a la presidencia de la república de Mariano Ospina Pérez, ingeniero ejecutivo, empresario y político antioqueño, eminente representante del tradicional partido conservador ligado a la clerecía romana y las fracciones más regresivas de la alianza de las clases gobernantes; heredero de la histórica y rica familia conservadora fundadora de dicho partido político cien años atrás, y cuyo plan presidencial de gobierno y modernización capitalista de Colombia estaba claramente inspirado en el modelo español del falangismo nacional católico del general Francisco Franco. Plan de modernización que fuera implementado más enérgicamente aún, a partir de la llegada a la presidencia de la república en 1950, de Laureano Gómez, orador e instigador violento y líder sectario falangista del partido conservador gobernante, quien ganó las elecciones de manera extraña al no haberse presentado ningún otro candidato a esa elección presidencial. El presidente Gómez a sus 61 años, padecía una enfermedad cardiaca que lo obligó a gobernar, autoritariamente, postrado desde su cama mediante la interpuesta persona de su designado de intima confianza Roberto Urdaneta Arbeláez, y una aislada camarilla cerrada de válidos y amigos íntimos. La incapacidad institucional para detener la desorganización social, producida por la creciente resistencia campesina armada contra el terror y las muertes masivas llevadas a los campos de casi todo el territorio del país por los grupos parapoliciales y represivos oficiales, con los que el conservatismo pretendió imponer violentamente la modernización capitalista y controlar el orden social seriamente alterado después de la convulsión violenta que siguió

a la muerte del jefe liberal Jorge Elicer Gaitán, aquel fatídico 9 de abril de 1948; hicieron insostenible la realidad social, obligando a los jefes políticos de los diversos grupos dentro del partido gobernante muy de acuerdo con la embajada de los EEUU, a un acuerdo con los altos oficiales de la cúpula militar, con la finalidad de remplazar al presidente Gómez y su designado en la silla presidencial, mediante un golpe militar, que contemplara el cese del terror como forma de gobernar, una amnistía amplia a los liberales y gaitanistas alzados en armas, institucionalización de la paz y consecución de un clima favorable a los negocios y al desarrollo económico, retornar al juego electoral de los dos partidos tradicionales e instaurar nuevamente el dominio bipartidista.

El ex presidente conservador Ospina Pérez, opuesto a la forma extrema con la que su copartidario Laureano Gómez ejercía el Poder, junto con Alzate Avendaño, jefe de la disidencia civilista del falangismo de los cafeteros caldenses, y el ambicioso intelectual laureanista Pabón Núñez, consensuaron el apoyo del amigo personal de Ospina Pérez, el cardenal Crisanto Luque y de todo el clero colombiano; lo que inmediatamente congregó a todas las facciones de los líderes “naturales” del partido liberal, que perseguidos por el gobierno se hallaban exiliados en el exterior: Eduardo Santos, dueño del todopoderoso diario *El Tiempo* de Bogotá, incendiado por fanáticos laureanistas el 6 de septiembre de 1952, se encontraba en París; López Pumarejo, en Londres; Lleras Restrepo, en México y su pariente Alberto Lleras Camargo, en Washington, como director de la Organización de Estados Americanos, a quienes que se sumó el académico Darío Echandía, para justificar o legitimar el golpe militar con la famosa frase de que era un golpe de opinión; todos a una y en consenso, llegaron al nombre del general Rojas Pinilla, un alto oficial católico de fuerte concepción anticomunista exhibida durante su participación en la guerra de EEUU en Corea, desatacado miembro del partido conservador que tenía la credencial de haber sido el defensor del gobierno de Ospina Pérez en Cali, durante los disturbios del 9 de abril del 48. La fecha escogida fue aquel memorable 13 de junio de 1953, cuando le es entregado en forma providencial el Poder de Colombia, al general Gustavo Rojas Pinilla.

Una vez el General, hubo tomado el Poder y habiendo convalidado el título de presidente de la república mediante una apresurada asamblea constituyente que, modificando la constitución vigente, declaró vacante el cargo de presidente de la república y asumió la función legislativa; el General, como uno de sus primeros actos de gobierno decretó la amnistía a los guerrilleros. Sus llamados a la paz fueron bien recibidos por la sociedad en general y por unos 3.500 guerrilleros liberales abandonados por la ausente dirección de su partido, entregaron masivamente las armas en gran parte del país donde se hallaban; sin embargo, algunos grupos de guerrilleros que seguían las orientaciones de los comunistas, desconfiando de la reacción vengativa de los latifundistas bipartidistas, sus adversarios naturales de tantos años de enfrentamientos violentos, solo hicieron entrega de un millar de hombres y siguieron conservando sus viejos fusiles; contra ellos, el General presidente primero decretó la ilegalidad de los comunistas y luego, procedió a lanzar en su contra al ejército ya previamente depurado, rearmado por los EE. UU y dirigido por los oficiales llamados “coreanos”, quienes habían sido entrenados por los oficiales estadounidenses durante la que recién terminada guerra de Corea en tácticas contra guerrilleras. Sin embargo, al poco tiempo las cosas se desviaron de lo esperado: los compromisos anticomunistas internacionales de la guerra fría adquiridos por el general Rojas Pinilla, así como el trato preferencial dado a sus amigos más cercanos, los hacendados, ganaderos y contrabandistas de café que desplazaron a los tradicionales financieros, banqueros y exportadores agrarios especialmente los latifundistas cafeteros del bipartidismo institucional, le granjearon al General, una oposición soterrada del partido liberal y del sector conservador laureanista de la rica zona cafetera. Para 1955, dos años después de su ascenso, el país estaba nuevamente comprometido en una difícil situación político social y en una paulatina confrontación armada en amplias zonas de la cordillera oriental, no solo con el sector de los campesinos comunistas que no se desarmaron, sino ampliada a aquellos liberales que experimentaron el incumplimiento paulatino y la burla de las ofertas de amnistía y paz que el General había ofrecido al iniciar su gobierno.

Cuando Jacinto, cumplidos sus 15 años requeridos para resolver su situación militar obligatoria es llevado por un grupo de la Policía Militar o PM, al batallón donde operaba la brigada militar departamental; el ejército colombiano necesitaba urgentemente soldados jóvenes, inteligentes y ágiles, para preparar según las nuevas tácticas contra guerrilleras traídas por los oficiales que estuvieron en la reciente guerra de Corea. Jacinto, es bienvenido, y él se prepara para comenzar lo que sería su tercer aprendizaje práctico en la vida.

El batallón militar, traído a la capital departamental en 1935, quedaba a un costado de la ciudad y estaba protegido por delante, por una pared de ladrillo de contención, con una entrada controlada por una garita y un retén metálico, y por los lados, por una cerca o valla aislante; no es un caserón antiguo remozado sino un complejo de edificaciones de reciente construcción, tipo barraca militar más actuales y funcionales con ocupaciones específicas: oficinas administrativas, pabellón de sanidad, oratorio religioso, dormitorios con hileras de camarotes dobles, comedores alargados, duchas y retretes separados construidas alrededor de un gran patio central de armas, donde ondeaba confundidas la bandera tricolor de Colombia, la bandera del ejército, el banderín del batallón, y se realizaban las actividades de grupo de la actividad militar cotidiana. Jacinto, se adapta muy pronto a la estricta disciplina castrense, tanto practica que rige todos los momentos de la vida cotidiana, como de las lecciones teóricas de las diversas materias que constituyen la instrucción militar del momento actual; asimilando con facilidad todo lo relacionado con el desarrollo corporal, el manejo de armas, las tácticas y maniobras en que se ejercita rigurosamente; se acuerda con dolor de la experiencia disciplinaria de la escuela apostólica, pero ya no es un niño débil e indefenso al capricho de un seminarista, sino un joven corporalmente desarrollado, autónomo, ávido de aprender y experimentar la nueva vida de las armas, difícil de intimidar, atormentado, eso sí, con ese deseo interior, profundo y persistente de venganza; un resentimiento que no lo ha abandonado desde el día del asesinato de su familia, tan hondo que le provoca un llanto contenido cada vez que su tía Matilde, viene a visitarlo y a traerle vituallas y golosinas llamados

en la jerga militar “comisos”; aprende demasiado a prisa, junto con la complicada e inentendible jerga militar de la guerra en Colombia, asimila la terminología convencional: unidad táctica, comandante de grupo, coordinación obligatoria con el estado mayor, cadena de mando unificado, jefe supremo el general Rojas Pinilla, apoyo de las secciones especiales, de personal, de inteligencia, de comunicaciones, de finanzas, de asuntos civiles, de operaciones especiales al mando de un oficial especializado; aviación arma principal, infantería, caballería e ingeniería armas secundarias; las armas son un factor importante pero no el decisivo; lo determinante es la llamada inteligencia para la aproximación indirecta, la llegada, la infiltración, las patrullas de reconocimiento, de emboscada, de combate, la captura de prisioneros para obtener información, la dislocación psicológica e ideológica, quitar al adversario su voluntad de triunfar; Intimidarlo, tener siempre sangre fría, serenidad, dominio de sí, de la situación, del terreno, espíritu ofensivo, iniciativa, siempre alerta, sorpresa, valentía y, sobre, todo don de mando. Su adaptación física y mental es sorprendente; muestra una habilidad especial en el manejo táctico de lo aprendido, en especial las diversas técnicas de camuflaje para pasar inadvertido y formar parte del paisaje adquiriendo siete colores: de un árbol, del del suelo, del agua, del ambiente, del ladrillo, de la casa, de la noche, etc, pero siempre con el fusil ametralladora a mano, nuevo, al que le ha tomado un gran aprecio por su potencia de fuego, su poco peso y su maniobrabilidad; se ofrece como voluntario mostrando una iniciativa que sorprende a los oficiales instructores -ese muchacho tiene madera, dice uno de ellos. Tras varios meses de entrenamiento y preparación es trasportado, como integrante de una patrulla de combate del batallón rifles que se ha organizado para poner en práctica y acumular experiencias en la nueva modalidad aprendida en Corea, en la zona de Villarrica, en las montañas del Tolima y del Sumapaz, donde se desarrolla un importante cerco de aniquilamiento contra un reducto de comunistas armados; allí, en terreno aprende lo demás: bombardeos arrasadores coordinados desde tierra sobre las rudimentarias trincheras de los campesinos “enemigos” previamente ubicadas por patrullas de inteligencia, uso de comandos flexibles aerotransportados

bien camuflados y sorpresivos con armas de precisión ligeras, poca o ninguna artillería pesada, retaguardia con bases muy bien resguardadas y aseguradas con varios anillos de seguridad, en lugar de largas y profundas trincheras estables: es el ejercito restructurado o reactualizado donde Jacinto se integra y participa activamente. El cerco militar a los comunistas de Villarica, termina cuando los campesinos insurrectos después de una desesperada resistencia con armas antiguas y bombas caseras fabricadas con tubos de acueducto y dinamita llamadas “catalicones” (talvez como asociación con el flatulento y explosivo purgante usado antiguamente con ese nombre, hecho con un jarabe de pulpa de tamarindo, hojas de sen y raíz de ruibarbo), vencidos por la superioridad tecnológica y operativa exhibida por el ejército recomuesto, deben abandonar apresuradamente sus posiciones y buscar refugio y escondite en las selvas y llanuras orientales de Colombia. Jacinto, experimentando exitosamente es llevado a la recién creada base de lanceros en Tolemaida, organizada en 1955 por el capitán del ejército estadounidense Ralph Puckett, especialista en “warfare” o guerra irregular; en este otro aprendizaje, tiene menos dificultades adaptativas porque su arrojo e impavidez, su desprecio a la muerte o quizás a la vida, cualidades exigidas al nuevo soldado para los nuevos tiempos le ganan elogios; sin notarlo, se ha tornado arrogante, soberbio y brutal; hace amistad con su instructor el general Jaime Duque, quien escoge a Jacinto, para formar parte de la Guardia Cívica Nacional, cuerpo organizado por el propio General en septiembre del 53, de carácter civil y estricta formación militar, ajeno a los partidos políticos creado para reforzar al gobierno y proteger a la ciudadanía. En ese grupo de tarea, recorre la mayoría de las zonas cafeteras de cordillera central en los departamentos del Tolima, Caldas, Quindío y Valle del Cauca, donde conoció de cerca y se familiarizó con las formas de actuar de las sucesivas cuadrillas o gavillas de bandoleros, surgidas con el patrocinio de los caciques políticos regionales y locales de los dos partidos tradicionales, que en aquellas regiones actuaban a nombre del jefe partidario que solicitara sus servicios, con el fin meramente económico de expropiar cosechas de café, desplazar de sus tierras a los propietarios de las pequeñas fincas cafeteras, amenazándolos de

muerte mediante boletas mal escritas para hacerles abandonar sus tierras, pagarlas menosprecio o simplemente masacrar a sus dueños junto con sus trabajadores, jornaleros y ampliada en muchos casos hasta campesinos y pobladores de la zonas aledañas, e incluso limpiar una región de enemigos políticos ajusticiando a personas del partido contrario, hasta homogenizar políticamente una región.

Cuadrillas de bandoleros bien conocidas, que asolaron los campos colombianos durante más de una década en un espiral creciente de horror y violencia cruel y sádica irracionales, camuflados bajo nombres descriptivos y bien sugerentes como Almanegra, Sangrenegra, Tarzán, Desquite, Pedrobrincos, Capitán Venganza, Cenizas, Gasolina, Zarpazo, Dinamita, Fulminante, el Mosco, capitán Veneno, Puñalada, Franqueza, jefe de Chispas y de Triunfo, Jair Giraldo, Efraín González el siete colores, Melco, Polancho, Arturo Quirós, Oliverio Moya, José Benjumea, el Pescado y los hermanos Vargas de Aures, entre los más conocidos.

La muerte y el terror aumentados al ritmo creciente de los negocios vuelven a tornar invivible el ambiente público; se inicia entonces una nueva forma de manejo militar para recuperar el orden y la seguridad públicas en las zonas afectadas o en conflicto, esta vez, centrada y dirigida desde la base de Tolemaida, con asesoría directa del gobierno de los EE. UU: Bombardeos con napalm a poblados enteros más allá de Villarrica y ataques masivos indiscriminados contra las zonas campesinas montañosa y alejadas, previamente estigmatizadas y señaladas como rojas; los campesinos y trabajadores capturados se encierran violentamente en campos de concentración alambrados y aislados totalmente del resto de la población, aumentando las denuncias, la oposición y el malestar social generalizado; el General, ahora con el nombre de Jefe Supremo, creyendo que los precios del café en el mercado internacional permanecerían boyantes por siempre y no sufrirían variaciones ni caídas, como la que se presentó en el año siguiente de 1956, mal aconsejado por unos asesores inspirados en el ejemplo argentino del general Perón, intenta organizar su influencia y Poder, conformando su propia base social de apoyo, mediante un

tercer partido político; agasaja y prebenda a los altos oficiales del ejército para lograr su apoyo irrestricto, pretendiendo permanecer y continuar lucrándose del Poder del Estado, desarrollando sus jugosos negocios de finca raíz, latifundios de ganadería extensiva en los llanos orientales, en la llanura caribe y exportación de contrabando de café por la Guajira y, siguiendo el ejemplo argentino de Evita Perón, designa como complemento a su hija María Eugenia Rojas, como directora suprema del conocido organismo de beneficencia social SENDAS.

La inicial luna de miel bipartidista con el General, ya había tenido un trago amargo un año después de su ascenso al Poder, el 8 y 9 de junio 1954, a raíz de la matanza de once estudiantes de la Universidad Nacional de Bogotá, que conmemoraban los 25 años del asesinato en 1929 de Gonzalo Bravo Páez, por la policía del gobierno corrupto de Abadía Méndez. El General, envía contra los estudiantes universitarios al Batallón Colombia recién traído desde Corea, a donde había sido enviado por Laureano Gómez en 1951, a participar en la guerra en ese lejano país al lado del ejército de los Estados Unidos; el resultado no pudo ser peor: 11 estudiantes universitarios masacrados en las céntricas calles bogotanas. Bien ganado el desprecio del estudiantado y estimulados por los políticos opositores, el estudiantado continúa con una campaña permanente a lo largo del país de denuncia de la absurda masacre, aumentando el rechazo al gobierno y el malestar social, que se agrava una vez empiezan a sentirse los efectos económicos posteriores a la caída a del precio del café en los mercados internacionales en 1956, y las pocas medidas gubernamentales de salvación financiera tomadas en favor de financieras, banqueros y exportadores, y menos aún, en favor de las clases populares; malestar social puesto de manifiesto con la estruendosa rechisla a su hija, la directora suprema del departamento de beneficencia social, que le hicieron los asistentes a una corrida de toros la plaza de toros de Santamaría de Bogotá a finales de enero de 1956, acallada brutalmente por los esbirros y detectives del tenebroso servicio de inteligencia SIC y la Policía, con una torpe y sangrienta represión indiscriminada contra la multitud, que rompe definitivamente la imagen del General, y agranda la onda expansiva del rechazo a la expansión de la confrontación armada más allá de

Villarica, hacia las regiones del Sumapaz y a la cordillera oriental del Tolima y Huila, precipitando el colapso del gobierno militar.

La dirigencia de los partidos tradicionales capta y utiliza su favor la situación: el partido liberal considera necesario contar con el laureanismo vengativo, ya abiertamente opuesto a la forma de gobierno militar, sin el cual no se puede quitar “legitimante” el Poder al General, que cada vez se muestra reacio a entregar a los jefes civiles del bipartidismo el sillón presidencial y por el contrario, muestra su resolución de conservarlo, organizando su propia tercera fuerza política de sostén y una central sindical independiente o CNT, semejante a la central justicialista argentina. El partido liberal, empieza a llamar dictador, al General Jefe Supremo, con el fin de generar un movimiento social político amplio de repudio total, e inicia contactos con el laureanismo. Los comunistas no existen, apabullados y aplastados por años de ilegalidad y represión; el liderazgo político y social sigue estando en las cúpulas y jefaturas naturales de los partidos tradicionales de la clase dirigente. El ex presidente conservador Ospina Pérez y su amigo, el jefe de la Iglesia católica cardenal Luque, le quitan el apoyo inicial que dieron al General para su ascenso al Poder, con el fin facilitar la conformación un frente civil de liberales y laureanistas, que plantea abiertamente el derrocamiento del dictador; la ruta de su derrocamiento está basada en una carta del expresidente liberal López Pumarejo, enviada al directorio liberal de Antioquia en 1956, en la cual propone el histórico “deux ex machina”, que desde siempre ha resuelto los enfrentamientos en la cúpula del Poder colombiano: Un pacto bipartidista para reformar la Constitución: “Una reforma constitucional, dice la carta, para establecer un gabinete ministerial de coalición bipartidista con representación proporcional de todos los grupos, con un candidato conservador apoyado por el partido liberal para suceder a Rojas Pinilla”. Lleras Camargo, se constituye en el abanderado de esta idea fija de su jefe y protector López Pumarejo, y conociendo la antigua animadversión de Laureano Gómez al General, convertida en odio después de que lo desplazara del Poder y lo obligara a exiliarse en la España de Franco, da el siguiente paso: busca en el exclusivo y ostentoso club donde juegan golf los magnates

de la cúpula del Poder dominante en Colombia, a Camilo Vásquez Carrizosa, amigo cercano de Laureano y le propone viajar juntos a las playas del mediterráneo español para encontrarse con él; viajan el 14 de julio de 1956, en avión vía Lisboa y en Madrid, son recibidos por el líder falangista manizaleño Alzate Avendaño, embajador de Rojas Pinilla ante Franco, a quien informan ampliamente de la misión que traen; tres días después, ya en el bello pueblito levantino de Benidorm, Laureano y Lleras Camargo, en presencia de Camilo Vásquez Carrizosa, se ponen de acuerdo en sacar una declaración conjunta que se firma el 24 de julio de 1.956, y será reproducida casi de manera clandestina en Bogotá varios días después.

Esta declaración, constituyó en lo fundamental una pomposa reafirmación de principios bipartidistas redactada muy al estilo retórico de Lleras Camargo, tan del gusto de Laureano; un verboso, vacío y la larga inocuo diagnóstico, de la situación política que se vivía en ese momento en el país:

Se le hacen zalemas al ejército para que vuelvan a ser “los guardianes de los intereses internacionales y del orden interno (nótese el orden dado por Lleras Camargo) como ejecutores fieles de la autoridad escogida por el pueblo” y a continuación plantean “el retorno a la civilidad” sobre la consideración de que “sería insensato reabrir el inmediatamente la lucha por el poder entre conservadores y liberales. Se encuentra necesario y enteramente posible crear un gobierno o una sucesión de gobiernos de coalición amplia de los dos partidos, hasta tanto que recreadas las instituciones y afianzadas por el decidido respaldo de los ciudadanos, tengan fortaleza bastante para que la lucha cívica se ejercite sin temor a los golpes de Estado, o de la intervención de factores externos a ella y por medio de un incorruptible sufragio cuyas decisiones sean definitivas e incontestablemente respetadas. Los partidos deben entenderse para construir un gobierno de tales características que ponga en vigor las instituciones abolidas manteniéndose unidos para sostenerlo hasta que el régimen civil esté libre de riesgos. Sigue la urgencia la execración y repudio de la violencia ejercitada por armas y elementos oficiales. Sucesos inolvidables requieren insistente protesta

contra la impunidad que los ha cobijado. Porque en la perduración y alarmante avance del bandolerismo, atroz fenómeno de menoscenso de la moral y de las leyes, desconocido por las generaciones anteriores, podría verse la pretensión del hombre salvaje de tener igual fuero para sus tropelías contra vidas y bienes ajenos en aldeas y caminos solitarios, al que disfrutan quienes operan desde la capital y en las alturas. Por eso, es imprescindible condenar también el abandono de las tradicionales prácticas de pulcritud y honorabilidad desinterés y limpieza de conducta de los funcionarios del Estado, que fue la mayor presea de nuestra historia política”, finalmente, “la solución satisfactoria para los males que padecen los colombianos, sobre la base del entendimiento amplísimo para la imperiosa reconquista del patrimonio común, los representantes auténticos y genuinos de los partidos, oirán la sugestión de los procedimientos que entreabren ese esas patrióticas perspectivas. Tales representantes los estudiarán y adaptarán legado el caso, para dar al pueblo no solo la reconquista de la perdida libertad sino la visión concreta del desenvolvimiento de las posibilidades de la inmensa mayoría de los colombianos para obtener un mejoramiento radical de sus condiciones de vida y salvar el abismo que se está abriendo entre una corta clase social súbita o ilegalmente enriquecida y una gran masa que cada día se empobrece más”.

Pese al efecto que causó la citada declaración en las directivas políticas y en amplios sectores de la población, el General, continúa aferrado a su sillón. En febrero de 1957, busca a su amigo y ministro de guerra el general Gabriel París y se reúne con los más importantes jefes militares para que apoyen la continuación de su posición como Jefe Supremo, en una presidencia de facto por otros cuatro años más; este hecho, al que se suma la detención de Guillermo León Valencia, gamonal conservador caucano, eterno aspirante a la presidencia de la república, dan la señal para que el frente civil bipartidista ya bastante consolidado, inicie el proceso social y las jornadas del movimiento masivo que potencializado por una gran movilización de los estudiantes adoloridos, que confluye en una huelga gremial generalizada, donde coinciden todos aquellos lesionados, resentidos y maltratados por las políticas excluyentes del General: partidos políticos, gremios,

principalmente el de los industriales ANDI y el de los comerciantes Fenalco, banqueros y financieros, clero metropolitano, embajada de los EEUU, estudiantes y pueblo trabajador en general; finalmente obligan al Jefe Supremo Rojas Pinilla, el 10 de mayo de 1957, a dejar el Poder en manos de una junta militar nombrada por él mismo, constituida por 4 generales amigos suyos: Gabriel París, su último ministro de guerra; Deogracias Fonseca; Rafael Navas Pardo, comandante general del ejército y aspirante a sucesor de Rojas, Luis Ordoñez director del tenebroso servicio de inteligencia colombiano SIC, y el almirante naval Rubén Piedrahita.

El general derrocado, sale de palacio rumbo a España, según lo habían organizado el concejero cultural de Colombia en España Eduardo Carranza, con el cerebro gris de la propaganda falangista Alfredo Sánchez Bella, aguerrido miembro de la Falange desde el ministerio de colonias del régimen franquista en el Instituto de Cultura Hispánica. Una vez el General sale de palacio, se hacen presentes los políticos del bipartidismo y cabezas políticas del exitoso frente civil: Lleras Camargo, Guillermo León Valencia y en representación del vengativo triunfante Laureano Gómez, su hijo Álvaro, para darle el respaldo a la Junta Militar recién conformada por el General; ponerla bajo su tutela política y proceder a devolver lo más pronto posible el Poder a los jefes civiles del bipartidismo; en este momento de la devolución del Poder, vuelve a surgir la necesidad de ampliar el acuerdo bipartidista para seleccionar la persona a quien la Junta Militar entregará el sillón presidencial. Lleras Camargo, quien seguía considerando al sector laureanista como el eje de la coalición bipartidista repite su viaje a España, a Sitges, donde Laureano Gómez, ahora tiene su residencia de huésped prominente del gobierno de Franco, y desde donde desarrollaba su actividad tanto política como diplomática con el régimen anfitrión. Otra vez, vuelve a viajar acompañado del hombre de confianza de Laureano, Camilo Vázquez Carrizosa, que llegó a ser testigo excepcional del pacto que el 20 de julio de 1957, en la casa denominada Villa Memé de Sitges. Acariciados por una brisa suave y mirando las inmensidad luminosa del mar mediterráneo, los dos jefes políticos del bipartidismo, autonombados representantes de la

voluntad de todos los colombianos, firmaron un pacto excluyente y personalista para crear por vía plebiscitaria un nuevo Estado, mediante tres reformas a la constitución: I La paridad de los partidos liberal y conservador en el Congreso de la república; II los gobiernos de coalición entre los dos partidos por un término no menor de tres periodos o sea doce años y III, la instauración de una carrera administrativa con un servicio civil también bipartidista. Paradójicamente, el ex dictador civil Laureano Gómez, quien había defendido en los comienzos de la década de los cincuenta tesis dogmáticas, absolutamente contrarias a la vía plebiscitaria atacado al sufragio universal, a la mitad más uno de la democracia a la que llamaba la madre de todas las calamidades y a Rousseau, el patrocinador de la decadencia del Estado, ideas que había expuesto en el antecedente legislativo que convocaba a una Asamblea Nacional Constituyente de integración gremial y política que debía redactar una constitución falangista para Colombia en 1950; siete años después, aquel 20 de julio del 57, acuerda firmar dócilmente la vía plebiscitaria y el voto directo de la mitad más uno, para reformar la constitución colombiana que le presentaba en un papel Lleras Camargo, cuando unos pocos años antes se oponía a esto a sangre y fuego en defensa de su proyecto de constitución falangista; no había duda de que la brisa marina del mediterráneo español y alguna otra influencia benéfica internacional en su cansado y ya poco irrigado cerebro, habían cambiado su pensamiento. Paradoja, era también, que mediante un pacto entre dos personas en una playa lejana de la Europa meridional se hiciera semejante enajenación de la soberanía popular y tamaña alienación jurídico electoral para regresar a Colombia la constitución de 1.886, al concordato de 1.887 con el Vaticano y, a conformar una especie de partido único de la burguesía o Frente Nacional, “echándole candado por doce años” según la propia expresión de Lleras Camargo.

La continuación es conocida: los liberales limitados a defender lo pactado, mientras en el partido conservador continuaba la lucha interna de intereses entre sus distintas facciones, unos aglutinados por el ex presidente Ospina Pérez, alrededor de la candidatura del gamonal caucano Guillermo León Valencia y los otros, liderados

por Laureano Gómez, opuestos a esta candidatura por considerarlo cómplice de su derrocamiento, obliga a Laureano, tres meses más tarde y a pesar de su enfermedad, a regresar a Colombia para contribuir a la reorganización de su fracción partidista que sin vacilación defiende el Pacto de Sitges, con el argumento sectario contra los seguidores de Valencia, de que en se debía separar el oro de la escoria, el trigo de la paja. La Junta Militar ante la acogida que tiene el pacto de Sitges entre la clase dominante, pero alarmada por el estancamiento producido por la lucha entre las dos facciones conservadoras en torno a la candidatura Valencia, decide actuar por propia iniciativa convocando a una reunión en la casa presidencial de San Carlos, con los jefes de todos los directorios políticos y, con la comisión de juristas redactores del texto plebiscitario. En esa reunión pactista se logra otro pequeño acuerdo bipartidista definitivo, sobre el texto a presentar a la votación del plebiscito: la fracción ospinista cede, descarta la candidatura presidencial de Valencia y resuelta esta dificultad la Junta Militar expide el decreto convocando al Plebiscito para el 1 de noviembre de 1957, con el texto pactado en Sitges, ratificando la vigencia de la constitución expedida en 1886, y agregando 5 artículos, el encabezado sobre la religión católica apostólica y romana, y a Dios como fuente suprema de toda autoridad en la nación.

Los resultados del plebiscito mostraron la influencia adquirida por los firmantes del Pacto, en un acta de escrutinio publicada un mes después de la votación; sobre un total de 4'376. 352 electores, votaron sí 4'169.294, no 206.864, solo hubo 194 votos nulos.

Aprobada la reforma constitucional pactada en Sitges y de acuerdo con lo pactado en noviembre la casa presidencial, la Junta Militar, convoca elecciones intermedias para el 16 de marzo de 1958. en estos comicios el liberalismo obtuvo más de dos millones de votos, el laureanismo sobrepasó los 900 mil, el ospinismo algo más de 400 mil votos y Alzate Avendaño, el retórico falangista auspiciador en 1953, del golpe militar dado por el general Rojas Pinilla, ahora opuesto al plebiscito con el argumento de que el constituyente primario, en este caso, no era primario pues no se trataba de simples modificaciones,

sino que esta era una nueva constitución, obtuvo algo más de 150 mil votos; los otros grupos conservadores tan solo 33 mil votos. Era la justificación de que liberales y laureanistas habían legitimado por medio de elecciones el pacto de Sitges. Quedaba pendiente la escogencia del candidato presidencial del bipartidismo unido, cuya elección estaba convocada para el 4 de mayo de 1.958. Ante la obstinación de Guillermo Valencia, en presentar su nombre como candidato de su partido a la presidencia, Laureano Gómez, en uno de esos juegos electorales típico de los politiquería colombiana propuso la candidatura presidencial de Alberto Lleras Camargo, condicionada a un acuerdo que debía garantizar la presidencia de un conservador para el periodo siguiente, propuesta que al ser aceptada por todos los directorios políticos abrió el camino definitivo a la presidencia de Alberto Lleras Camargo, para el periodo de 1.958- 1.962, y para Guillermo Valencia el período posterior; lograda esta claridad continuaron las intrigas, confabulaciones y conspiraciones típicas de la clase dominante colombiana, tal y como sucedió el dos de mayo de 1.958.

Madurez

El dos de mayo de 1.958, dos días antes de las elecciones que irían a elegir al primer presidente del Frente Nacional, un grupo de simpatizantes y amigos del general Rojas Pinilla, dentro del ejército y jefes del temido servicio de Inteligencia SIC, junto con el empecinado político falangista cafetero Alzate Avendaño, quien no hubo entendido los cambios producidos por Pacto de Sitges, además de unos cuantos políticos departamentales seguidores suyos entre quienes se encontraban Hernando Sorzano González y Humberto Silva Valdivieso, en Santander; Luis Torres Quintero, en Boyacá; Manuel Bayona Carrascal, en Atlántico, y Benjamín Burgos Puche, en Córdoba, se confabularon con el fin de organizar un pequeño golpe militar de para atrás, para evitar la jornada electoral que con toda seguridad iría a elegir como presidente a Lleras Camargo: la denominan “operación cobra”, aún no se sabe si por referencia a la serpiente o al verbo cobrar, cuyo objetivo era apresar y retener cautivos a los miembros de la Junta Militar y al propio candidato presidencial.

Jacinto, es llevado de urgencia al batallón de la Policía Militar PM, acantonado en Puente Aranda, Bogotá, junto con dos de sus más disciplinados compañeros para ponerlos a órdenes del coronel Hernando Forero Gómez y del teniente Alberto Cendales, designados por los complotados como jefes ejecutores de la operación. Ya en el patio del batallón, al repartir los comandos del golpe, Jacinto, con sus compañeros es asignado al grupo de un teniente de apellidos Amaya Casanova, que tenía la misión especial de apresar al candidato Lleras Camargo, en su residencia de la calle 79 con carrera 9° de Bogotá, mansión custodiada por 6 policías y agentes del SIC. El teniente Amaya Casanova, llegó a las 5 de la mañana en un radiopatrulla con sus hombres y en una operación muy simple dominó a los guardas de la residencia; timbró, le abren la puerta y con voz enérgica, pide a la esposa del candidato Lleras Camargo, que le comunique a su esposo que es requerido en la puerta; hay una espera no muy larga,

el candidato sale con su traje de paño negro típico bogotano y para el frío mañanero se cubre con un abrigo de paño grueso y un sombrero de fieltro; alcanza a comunicarle discretamente a su esposa que estaba detenido y que se lo comunique inmediatamente a su pariente Lleras Restrepo y a Laureano Gómez; toma asiento en la radiopatrulla rodeado por Jacinto y sus compañeros que portaban ametralladoras y hacen subir a la radiopatrulla a los 6 guardias de la residencia ya desarmados; recibe ordenes por el radio teléfono de llevar los detenidos a la estación de la policía de la avenida Caracas con calle 6°, allí, el teniente Amaya, después de dejar a los detectives y guardias de la casa, recibe la contraorden de llevar a los detenidos al batallón de la Policía Militar en la calle 10, en las inmediaciones de la casa presidencial de San Carlos. El coronel Alberto Camacho Leyva, comandante del batallón especial de la guardia presidencial, gran amigo y partidario del Lleras Camargo, advertido del movimiento anómalo que se estaba dando, ordena al teniente Eloy Alfaro, rodear la radiopatrulla con 40 de sus hombres, recuperar a Lleras Camargo y enviar al resto de la tripulación del carro, al teniente Amaya y a Jacinto, con sus compañeros al batallón, unos metros adelante donde son reducidos, apresados y enviados al calabozo en espera del correspondiente concejo de guerra. No hubo el bombardeo a la casa presidencial prometido por el coronel Powell, comandante de la fuerza aérea, ni levantamientos de importancia de batallones o guarniciones militares y las detenciones de los miembros de la Junta Militar fracasaron ruidosamente.

En las primeras horas de esa mañana, Lleras Camargo, aprovechando el importante desarrollo que había tenido Colombia en radio comunicaciones y televisión leyó en cadena radiotransmitida un discurso que puso fin a toda la movida. La operación cobra no fue sino una chapuza, un improvisado intento, destinado a fracasar de algunos opuestos inertes al Frente Nacional, porque las principales fuerzas políticas y sociales del país capaces de movilizar a la población habían sido llevadas mediante un proceso largo de convencimiento a la aceptación del pacto bipartidista y porque las organizaciones de oposición verdaderamente populares como sindicatos o partidos populares eran exigüas, o se hallaban en una situación lamentable

de postración e inactividad muy alejadas en los campos y lejos de sus bases de apoyo. Por tal motivo, dos días después de fracasada la operación cobra, Lleras Camargo, fue aclamado masivamente como un héroe político, obteniendo cerca de 2 millones y medio de votos para presidente, mientras que Jorge Leyva, su opuesto competidor, obtenía solamente algo más de 600 mil. Tres meses después, Lleras Camargo tomó posesión de la presidencia de la República de Colombia y será el propio Laureano Gómez, como presidente del Congreso quien, como símbolo de la nueva legitimidad, de la nueva legalidad y de la evaporación de la responsabilidad objetiva sobre la muerte de los 300 mil muertos de la guerra civil bipartidista durante los dos gobiernos conservadores, le coloque en el pecho la banda presidencial y le tome el juramento establecido al nuevo presidente, así, Laureano Gómez, totalmente amnistiado, había logrado la realización de su vida: sus viejas banderas cléricales y anticomunistas eran puestas en manos del panamericanista Alberto Lleras Camargo, para que actualizadas corporativamente y convertidas en ley superior de Colombia fueran revitalizadas, y con una calidad superior puestas en práctica por una eternidad.

Jacinto, con sus dos compañeros apresados son regresados al batallón de la Policía Militar en Puente Aranda, y durante una semana confinados en oscuros y estrechos calabozos individuales con raciones de supervivencia de pan y agua, mientras se le organiza formalmente el consejo verbal de guerra en su contra; emaciados, pálidos, mal vestidos y sucios, son llevados a la sala donde sentados en unos banquitos rudimentarios de madera, enfrentan, una mesa larga adorada con un mantel florido, un jurado de 4 militares de alta graduación; uno de ellos lee un papel acusándolos de deserción militar y traición; el defensor de oficio que les asignan a los tres acusados procura ser neutral desde su altura militar, demostrando que ellos fueron traídos a cumplir una ordenes de oficiales superiores en especial el coronel comandante de la Policía Militar Forero Gómez, quien en este momento se encuentra refugiado en la embajada de la república a del Salvador y del teniente Cendales, que se halla prófugo de la justicia, mientras los más altos responsables militares y políticos del complot

están en libertad prácticamente amnistiados por el presidente recién elegido. Los jurados suspenden la sesión unos minutos mientras llaman al batallón guarda presidencial a pedir instrucciones; les avisaran cuando tengan una respuesta, llega media hora después -el recién elegido presidente ha dicho que regresen esos pobres diablos a sus respectivas guarniciones y esa orden se convierte en sentencia judicial; son regresados rápidamente en camiones tapados a la base militar de Tolemaida, donde el capitán que los despachó a la aventura en Bogotá ha sido reemplazado por otro de igual graduación, que los recibe con recelo y distancia.

Jacinto, ha recibido otra lección práctica: tampoco hay que creer ciegamente en todas las órdenes que le dan; no hay que servir de idiota útil a cualquiera, es mejor tener criterio propio; su desconfianza, incredulidad y retraimiento son ahora la base de su comportamiento; se ha vuelto descreído, malicioso, no confía sino en su en su pequeña sub ametralladora que se ha vuelto como un apéndice de su cuerpo. Piensa en Matilde y sabe que ha llegado la hora de volver a la capital del departamento, pide audiencia con el comandante y le solicita traslado al batallón sede de la brigada militar de la capital de su departamento; una semana después le dan una bolsa grande de lona llamada "tula" para el equipaje, 50 pesos y 72 horas para que viaje solo vestido de civil y se presente a en brigada departamental; hace un viaje forzado, alcanza a llegar a casa de Matilde, en donde se reencuentran por unas horas. Apurado, llega a tiempo para presentarse en la guarda del batallón, es bien recibido y pronto se le asigna un lugar en la estructura militar, donde lentamente trata de asimilar todo lo aprendido en Tolemaida; empero, es evidente su desarrollo físico y su comportamiento reconcentrado y desconfiado.

Una mañana muy temprano de día rutinario, en una práctica de entrenamiento de armas en una maniobra de copamiento en las cercanías del batallón departamental, el teniente al mando de la patrulla da una orden de un movimiento que pretende deslizar la patrulla por un farallón que Jacinto, ve muy riesgoso para él y sus compañeros; mirando al teniente de manera extraña desconfía de la

orden y duda en lanzarse al vacío, el teniente le increpa rudamente, de manera provocadora la demora en cumplir la orden; Jacinto, guarda la calma según lo ha interiorizado pero el teniente enfurecido porque se siente desobedecido se acerca y lo golpea en la cara; jacinto, automáticamente dispara su inseparable subametralladora contra el teniente que cae pesadamente en tierra ante la mirada despavorida de sus compañeros de patrulla que quedan como paralizados; nadie se mueve; Jacinto, con toda la sangre fría del caso toma el camino contrario y se pierde en el farallón con rumbo desconocido; sabe que cuenta con unas cuantas horas antes de que se inicie su persecución formal para otro consejo de guerra más serio y definitivo; rápidamente cubre su arma con la chaqueta y la esconde una pequeña rocosidad que señala muy bien y en mangas de camisa se dirige al centro de la ciudad donde sabe está Matilde; el bus del transporte lo lleva hasta donde está ella, le hace señas desde la puerta del establecimiento donde trabaja y al reconocerlo sorprendida sale a su encuentro; le cuenta brevemente lo sucedido, ella llora, pero finalmente recobra la calma y le dice que debe irse para el Pueblo, pues ha sabido que en la vereda donde asesinaron a su familia hay vecinos y amigos muy leales de toda la vida quienes muy seguramente lo esconderán por un tiempo mientras se aclaran las cosas; le pide un poco de dinero para viajar y desaparecer y un maletín de buena calidad; ella, entra a la cafetería y sale con un maletín resistente de buen tamaño y le da una gruesa suma de dinero; no se volverán a ver durante un tiempo, porque sabe que ella es la pista que conducirá a los agentes de inteligencia hacia él; le avisará cuando y donde se volverán a encontrar.

Se despiden muy emocionadamente y él rápidamente inicia el viaje: en bus urbano hacia el farallón donde escondió la sub ametralladora; hace un buen trecho a pie dando varios rodeos y finalmente la encuentra; cabe perfectamente en el maletín que le dio Matilde, la asegura y bien envuelta la empaca cuidadosamente a un lado de los pertrechos de dotación; busca la carretera de salida hacia el Pueblo; camina un largo trecho y al atardecer busca un lugar en la orilla de la carretera para pasar el día y la noche pues sabe que solo hay un bus diario, que saliendo muy temprano de la ciudad departamental hace

la ruta hasta el Pueblo. Calcula que a las siete u ocho de la mañana del día siguiente, el bus estará aquí y a esa hora los agentes de inteligencia comenzarán su persecución en forma, buscándolo primero donde Matilde y después, cuando no tengan éxito buscarán en sus orígenes; cerca de las ocho de la mañana, cuando el sol empieza a levantar el bus de la línea de trasporte, avanza en medio de una polvareda haciendo un ruido de motor atascado; desde la mitad de la carretera le hace señas para que pare; el bus se detiene, saluda amablemente al chofer y le dice si lo puede llevar hasta el Pueblo - ¿cuánto vale? Pregunta, el chofer recibe los dos billetes y como si nada lo hace subir con una seña, Jacinto, toma asiento en la parte de atrás del bus y pone el maletín a su lado, nada extraño ocurre durante las horas del monótono, tedioso e interminable bamboleo del viaje; llega al Pueblo, cuando el sol ha caído y empieza la oscuridad - si alguien le pregunta por mí, usted no sabe nada, le dice muy serio al chofer del bus que lo mira sorprendido. El Pueblo, casi no ha cambiado desde su ida, camina hacia la plaza central y allí pregunta donde puede encontrar una pensión para pasar la noche; le confirman que el único hotel es mismo que existía cuando era chico, cerca de donde quedaba la tienda de su padre, la mira con gran tristeza y dolor y siente que le llega a los ojos sangre hirviendo - Dios mío, nunca pensé llegar a tener estos sentimientos, se dice para sí mismo, se repone y busca la pensión que le han indicado - es por una noche, le dice a la señora que lo recibe y le paga por adelantado el hospedaje, ella le pregunta si quiere comer -claro mi señora, una buena comida después del viaje no me cae mal, le responde. Come una buena cena con carne oreada al viento, legumbres de la región y una torta de maíz humeante llamada arepa que lo trasportan a la infancia y, sintiéndose libre de las autoridades que antes lo sujetaban se dice para sí -los que mataron a mi familia me la pagarán; se dirige a su habitación asignada y en la cama, antes de dormirse, se acuerda sonriendo de la canción infantil del pirata, que estaba completa en el cancionero escolar y le había hecho aprender el padre Antonio, para cantar en las solemnidades:

“Soy pirata y navego en los mares/ donde todos respetan mi voz/ soy feliz entre tantos pesares/ y no tengo más leyes que Dios/ y, no tengo más leyes que Dios”.

Sonriendo se repite -soy feliz entre tantos pesares y no tengo más leyes que Dios, abraza el maletín que le dio Matilde y se queda dormido; cuando despierta al otro día, la dueña de la pensión ya levantada le ofrece un desayuno abundante de huevos fritos con yuca frita que saborea con una taza grande de café tinto, paga las comidas y llevando siempre consigo el maletín inseparable, toma rumbo a la vereda el Hato; es una larga caminata en asenso por una ladera montañosa hasta las colinas de las tierras cafeteras; llega al atardecer y en una de las cuatro casas modestas de la aldea pregunta con toda cautela por los vecinos que le ha indicado Matilde; se dirige a donde le indican; golpea en el tablón que hace las veces de puerta y una señora de mediana edad de cabello trenzado, vestido campesino de tela un tanto embarrado y alpargates de suela de caucho le responde. Jacinto, se presenta y ante la sorpresa enorme de ella le confirma su identidad; Ella se llama Otilia, y con lágrimas en los ojos le dice que es parienta de su madre Hermencia y que su esposo y dos hijos varones trabajan allá, mostrándole en la distancia un cafetal arbolado y verde brillante que ahora es propiedad de la hermana del señor Velasco -el que mataron con sus papas, le dice; luego agrega -espere aquí tantico, voy a llamar a mi marido Oliverio y se dirige al cafetal; unos minutos más tarde viene un hombre añoso aún vigoroso y nervudo, mal vestido, cubierto por un sombrero de pajilla que dejaba ver su cara tostada y descuidada, quien saluda a Jacinto, con una de sus manos rudas y le dice a Otilia su mujer, que les traiga un poco de aguamiel -de la fresca, le insiste. Conversaron largo rato muy discretamente; Oliverio, conocedor al detalle de la muerte de su familia y del señor Velasco, le explica que había sido un plan viejo de los cachiporros liberales para sacar a sangre y fuego a los conservadores y creyentes cristianos no solo del Pueblo como a sus padres, sino de todas las fincas cafeteras de esta vereda, tan unida, para ponerlos a votar por las listas del anticristo liberal -es la banda de los hermanos Ariza, los collarejos que todavía tiene raíces en el Pueblo; es de la chusma de los nueveabriéños alzados desde hace años contra el gobierno conservador y contra mi General, apoyados y armados desde Bogotá, que al fin llegaron a esta vereda -y ¿dónde está toda esa gente? pregunta Jacinto - bueno, respondió Oliverio -los

collarejos están en la ladera de enfrente, dijo señalando con el dedo -en toda esa zona grande de la vereda de Aguaclara, en los límites con el otro departamento que tiene salida al poblado de Montenegro que queda pasando el filo de la cordillera, pero en el Pueblo queda Eustorgio, el más asesino y ladrón de todos, el que les da las órdenes a los demás y cuadra los negocios con los de la capital, vive en una calle a la salida del Pueblo -Ajá, fue toda la respuesta de Jacinto, luego le pidió posada y le dijo que quería hablar con algunos amigos o parientes que quisieran hablar con él.

Dos días después, en una mañana soleada que aumentaba el verdor de los cafetales, con una brisa fresca que mecía los árboles del entorno en el largo solar de la casa de Oliverio, sentados en troncos o en piedras había unas quince personas; Oliverio presentó a Jacinto, explicando quien era, todos lo reconocieron efusivamente y se acercaron a saludarlo, Jacinto, entonces tomó la palabra y muy lacónico les dijo -He venido a una sola cosa, a cobrar por la muerte de mi familia, la del señor Velasco, y la de todos los conservadores de la región que han sido asesinados por los collarejos, el que quiera venir conmigo hablamos después de la reunión, luego, le dijo a Oliverio que continuara; charlaron entre todos a voz en cuello tomando aguamiel fermentada acompañada de sorbos de aguardiente hecho en sacatines caseros llamado chirrinche; pasada la reunión se quedaron 4 jóvenes emparentados entre ellos interesados: Fabio, David, Danilo y Libardo; los citó para el otro día y en un potrero descampado les explicó esta vez con mayor detenimiento su idea; los jóvenes, muy probablemente movidos por el deseo de la aventura y de la fuerte solidaridad de grupo peligrosamente amenazado, se mostraron conformes en acompañarlo; Jacinto, volvió a insistirles en lo incierto del destino que se les venía encima, sin embargo, podían triunfar si estaban siempre unidos, lo importante que era la unión total sin posibilidades de traición penada con la muerte; los Jóvenes rieron quizás menospreciando el futuro, dispuesto a seguir; después, Jacinto, le preguntó a Oliverio por los jóvenes – Son muchachos sanos, sin pecados y muy firmes, que se la juegan por defender sus familias y a toda la vereda de esos jijueputas cachiporros, asesinos y ladrones, le respondió. Decidieron mandar a

su mujer a comprar en el Pueblo 5 pares de zapatos de lona o tenis y empezar con el grupo de jóvenes una preparación diaria como si fuera una patrulla militar con instrucciones sencillas, obediencia estricta al jefe, ejercicios y trotos, practica de combate primero con garrotes macizos y luego con machete -Solo tenemos esta ametralladora, les dijo familiarizándolos con ella, luego agregó -lo demás tenemos que conseguirlo con nuestras propias manos; tras cuatro semanas de dura preparación al finalizar mostrándoles el dedo anular con un anillo plateado con una piedra negra engastada que le servía de amuleto le dijo al grupo -Este ónix negro me lo regaló una persona que quiero mucho, es mi mara de la buena suerte, la que me protege de todo mal y peligro, cada uno de ustedes debe tener su propia mara, una cadena, un escapulario, una manilla, lo que sea pero hay que tener siempre una mara para que los favorezca del mal en cualquier trance, luego preguntó quién conocía la ruta hacia la ladera donde estaban los collarejos; buscaron un muchacho joven muy conocedor de esos riscos, prepararon mochilas con carne seca o tasajo y pan, el agua la tomarían de la cordillera y partieron; caminaron varios días atravesando barrancos terrosos y arboladas, quebradas espumosas, farallones cortantes, picachos lisos y rocas musgosas, abriendose paso por entre la maraña y los matorrales; buscaron pacientemente sitios donde presumiblemente pudiera tener un campamento de varios hombres, finalmente el guía informó de haber visto una trocha no muy caminada cerca de una quebrada rumorosa y sombreada que conducía a una cueva en la montaña; localizada la sede del campamento comenzó la aproximación; Jacinto, aplicó toda su experiencia militar y en dos días tenía un plano completo de toda la operación: eran doce individuos armados con carabinas potentes, pistolas y revólveres en la cintura, los atacarían a cuchillo, puñalada marranera en el cuello, en silencio absoluto arrastrándose por el suelo un poco después de la media noche, había que explotar la sorpresa, el jefe de la banda que se hacía al fondo de la cueva se lo deberían dejar a él personalmente; todos deberían ir sin camisa pues esa era la identificación en la oscuridad. La operación se cumplió rigurosamente, solo quedó vivo el jefe a quien despertó Jacinto con una patada en la cara alumbrándole los ojos,

los demás yacían en el suelo degollados y en medio de un charco de sangre; el hombre sorprendido tardó en reaccionar pero cuando vio la dimensión de lo que lo rodeaba empezó a llorar -No me mate, le dijo a Jacinto que lo encañonaba con la ametralladora – bueno, le respondió -he venido a cobrar la muerte de mi familia y la del señor Velasco, los de la en la vereda del Hato -¿ los recuerda? le dijo, el hombre seguía gimoteando sin responder – y usted también debe saber que la ley de Dios lo dice muy claro, el que a hierro mata a hierro muere - ¿no está preparado? ¿entonces, para qué mata, roba y hace tanto daño? volvió a preguntarle; el hombre gimoteaba sin responder -siempre es así, el que calla otorga y le disparó una ráfaga a la cabeza que se la destruyó completamente. Celebraron la victoria recogiendo todo armamento, municiones, dinero y joyas, comida enlatada y ropas; la repartieron en costales según el peso y emprendieron la marcha de regreso; al guía le dijeron que cruzara la cordillera y fuera al otro departamento a avisar en el puesto militar más cercano que había visto una bandada de gallinazos en la punta de ese cerro y que allá debería haber ocurrido algo extraño, nada más, luego a perderse. En el Hato, los vieron venir y avisaron a la comunidad, Jacinto, ordenó poner los costales con lo capturado y sobre los mismos costales extendió todo el botín conseguido junto con los gruesos fajos de dinero – A excepción de los fierros y la munición que son míos, Oliverio deberá repartirlo equitativamente entre todos; un murmullo fue la respuesta del grupo –hay que organizar la vereda con la ley de Dios, dijo Jacinto, para finalizar el reparto.

Al anochecer charlando con Oliverio le dijo -tan pronto lo sepa el ejército, van a saber que estoy por aquí, así que me regreso a la ladera donde estaban los collarejos, voy con los muchachos que parecen muy unidos a tratar de limpiar eso; si algo hay nuevo me avisa con los voladores o con las hogueras según hileras de candela que desde el otro lado se ven por la noche; Fabio, David, Danilo y Libardo, recogieron las armas y pertrechos, algún avío y se fueron; tres días después la radio daba la noticia a todo el país: el ejército de Colombia cumpliendo la orden del presidente Lleras Camargo, de acabar con el bandolerismo ha desmantelado la tenebrosa banda de los hermanos

Ariza, que operaba en una importante región cafetera de la cordillera. La respuesta de los liberales no se hizo esperar: una semana más tarde fue acuchillado en horas de la mañana al salir de su casa en el Pueblo, el destacado jefe local del del partido conservador Facundo Quiroga, reconocido criador y comerciante de mulas de carga para trasportar bultos de café y a quien el padre Antonio, sepultó después de una solemne velación. Jacinto, se enteró días después; repitió para si mimo el estribillo del pirata que se solía cantar repetidamente - soy feliz entre tantos pesares y no tengo más leyes que de Dios, llamó a sus compinches -muchachos, llegó la hora de acabar con lo que queda de esos collarejos asesinos, dos de ustedes se van al Pueblo, muy discretamente, buscan donde acomodarse, se hacen pasar por compradores de café y me puestean al que queda, a Eustorgio, cuando tengan todo me avisan. Dos semanas duraron espiándole los movimientos cotidianos a Eustorgio, acordaron llegarle a la casa al atardecer cuando él estuviera recogido en casa con su familia, golpear y solicitarlo para un asunto de negocios y cuando abrieran la puerta entrar atropelladamente, que Jacinto haría el resto; tal y como estaba planeado se hizo: atropellaron la puerta y Eustorgio Ariza, que estaba ya sentado en la mesa con su esposa y sus tres hijos menores dos niñas y un niño, no tuvo tiempo de reaccionar; Jacinto, ametralló a toda la familia que murió al instante y el grupo desapareció a la carrera entre la penumbra de ese atardecer, dejando 5 cadáveres ensangrentados.

En las semanas siguientes visitó varias fincas cafeteras de la vereda de Aguaclara, en poder de los liberales, para informarles personalmente que se debían ir de la región tres días o los matarían; uno de los dueños de las fincas visitadas advertido, cuando vio venir a Jacinto con sus hombres los recibió con tiros de revolver; agotada la escasa carga del arma fue reducido fácilmente, sacada su esposa y un mozalbete que se encontraba en la casa al patio, Jacinto, le preguntó - ¿Y usted, con ese chopo oxidado pretendía matarnos? el hombre un campesino con las manos y la cara endurecidas por el duro trabajo del campo mal vestido, calzando unas botas pantaneras de caucho, al lado de su mujer aún joven con un traje largo de tela de flores totalmente descolorido por el uso y descalza, junto con un muchacho todavía adolescente,

como respuesta trató de escupir a la cara de Jacinto gritándole –Godó malparido, algún día irá a dar a la paila del infierno con todas sus fechorías. Jacinto, dio un paso atrás y repitiendo, la ley de Dios, disparó la metralleta sobre los tres que cayeron sobre su peso sin mucho estruendo. Entraron a la casa rebuscaron y la saquearon llevándose el dinero en billetes que encontraron en un cajón debajo de la cama; luego le prendieron fuego a la casa que ardió fácilmente – Es para que vean el humo y sepan que la cosa es en serio, dijo.

Enseguida, tomaron el rumbo hacia la cumbre de la cordillera para pasar al otro lado, que Jacinto suponía seguro por pertenecer a otro departamento y a otro municipio, el de Montenegro. No era una región muy conocida pero semejante a la vereda de Aguaclara; una vez cruzado el filo pedregoso y despejada la niebla matutina, venía una leve pendiente de colinas boscosas que descendía suavemente hacia la hoyuela de lo que parecía un río no muy caudaloso, con colinas arboladas matizadas por extensas manchas verdes de los cafetales sombreados por árboles tupidos salpicados por ranchitos de techo de paja con pequeñas parcelas de hortalizas y legumbres; a lo lejos se veía un espiral carreteable que se perdía a la distancia –Esa es la carretera a Montenegro, dijo Jacinto, señalando el carreteable, por ahí sacan el café, vamos a atalayarlos, a hacerle inteligencia a esa carretera. Buscaron un lugar en un altozano sombreado, desde donde se divisaba todo el valle y la carretera; tenían lo necesario para sobrevivir emboscados unos cuantos días; tres días fueron suficientes para ver todo el movimiento de la zona; dos fincas no muy lejanas con actividades cafeteras y un yip mediano que subía hasta una de esas fincas cargaba los sacos de café y se regresaba por la tarde hacia la cabecera municipal -Bueno, dijo Jacinto, ya sabemos cómo es, vamos a esperar el yip abajo y luego vamos por las dos fincas; sus compañeros celebraron con una risa -Pero esta vez sí nos deja a nosotros, dijo Danilo que parecía el más entusiasta. Esperaron el yip escondidos detrás de un barranco y colocaron una gran piedra en la mitad del carreteable; venían dos personas, el chofer y un ayudante; cuando el yip paró, David y Libardo se hicieron atrás, Jacinto, se quedó en barraco vigilando, adelante Danilo y Fabio que rápidamente encañonaron con sus revólveres al chofer del Yip y a su

ayudante -¿Para dónde va con tanto afán? le preguntó David al chofer que aferrado al timón del yip no se movía ni decía palabra, el ayudante, un joven azorado para salir del apuro dijo -No nos maten que nosotros somos liberales y trabajamos con don Tiófilo; al oír esto Jacinto salió del barranco y se acercó al ayudante del yip diciéndole -Ah bueno, yo conozco a don Tiófilo ¿y a qué los mandó? el chofer enmudecido respondió -Venimos a comprar unos bulticos de café para llevar a Montenegro -Muy bien, muy bien ¿y cuánta plata les dio? preguntó Jacinto - Cincuenta mil pesos, respondió el ayudante, Jacinto, se retiró llamado a Danilo aparte y le susurró al oído -Con el machete, no hay que hacer ruido, al lado del campero quedaron los dos cuerpos semi degollados y empapados en el rojo de la sangre; revisaron el carro minuciosamente y en una bolsa de papel encontraron no cincuenta, sino cien mil pesos, una pistola último modelo en la pretina del chofer y un revolver niquelado en la del ayudante y entre los documentos de identificación respectivas chapas metálicas que los identificaban como detectives del recién creado departamento de investigaciones e inteligencia civil DAS que remplazó pavoroso al SIC -Vámonos rápido, porque ahora si nos van a buscar en serio; llegaron a la primera finca cafetera a donde se dirigía el yip, Jacinto, fue solo y desarmado, con el plan de que una vez todos estuvieran afuera los ocupantes de la casa, los cuatro los rodearían con las armas -¡Bueenas! gritó Jacinto desde lejos ¿hay alguien por aquí? volvió a gritar – allá abajo hay unos muertos, en un yip, gritó más fuerte; súbitamente vinieron a encontrarlo tres hombres con apariencia de trabajadores y una mujer al parecer quien les cocinaba quien se secaba las manos en el delantal - ¿Cómo? no hemos oído ningún disparo dijo el más adelantado -Allá abajo, hay un yip con dos muertos, no sé si serán de aquí, repitió Jacinto -No, no son de aquí, pero venían para aquí, respondió el hombre adelantado, cuando estuvo seguro de que no había más personas dio una señal y prontamente sus compañeros los rodearon; Danilo, le entregó la ametralladora mientras los tres hombres y la mujer no salían del asombro -Bueno, he sabido que ustedes trabajan con el jijueputa cachiporro ese del Tiófilo, les increpó Jacinto, ahora me van a decir todos ustedes, qué clase de negocito tienen, de lo contrario no respondo. El hombre de

adelante, visiblemente intimidado explicó que aquí en esta finca se recogía el “diezmo”, consistente en una carga de café, dos sacos traídos en mula y que don Tiófilo les había impuesto a todos los cafeteros en la región, luego el café se iba sacando para Montenegro en el yip -Pero eso es un gran robo, dijo Jacinto, en tono recio. Los demás guardaron silencio; entonces, dando unos pasos para atrás dijo -la ley de Dios; les dispararon con sus revólveres porque Jacinto les había dicho que debía ahorrar la munición de la ametralladora, remataron a los cuatro muertos cortándoles la garganta, revisaron la casa y encontraron quinientos mil pesos en billetes; realmente una fortuna para ese momento; quemaron todo lo que no era trasportable y emprendieron el regreso nuevamente hacia el filo de la cordillera; debían llevar el dinero recogido a Oliverio en el Hato para su reparto -Ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón, dijo Jacinto sonriendo; los demás carcajearon sonoramente. Rápidamente cruzaron la cordillera e iniciaron en descenso hacia la vereda de Aguaclara, al atardecer acamparon en un lugar desde donde se divisaba enfrente la pendiente de la vereda del Hato y esa noche vieron las tres hogueras en filadas acordadas con Olivero -Ya llegó el ejercito al Hato, les dijo Jacinto interpretando la señal -hay que ir muy despacio y con mucho cuidado porque pueden estar esperándonos embocados en cualquier barranco; acordaron que Danilo, fuera adelante como si fuera cualquier vecino controlando el avance; al tercer día antes de cruzar la quebrada en una curva del camino Danilo, al observar un movimiento extraño se regresó inmediatamente y le avisó al grupo. Vinieron todos caminado casi a ras del piso, acercándose muy sigilosamente hasta cuando divisaron la emboscada que una patrulla del ejército de cuatro soldados y dos oficiales, desprevenidos charlando y fumando recostados contra el barranco. Jacinto, le hizo seña de regresar un poco más arriba para preparar la contra emboscada, los soldados tenían fusiles y los oficiales ametralladoras y pistolas al cinto, él y Danilo, con la ametralladora y la pistola del detective se encargarían de los oficiales, Fabio, David y Libardo con los revólveres se encargarían cada uno de un soldado; los atacarían al atardecer cuando estuvieran comiendo, lo importante era la sorpresa de los primeros minutos, después, cuando los militares

reaccionaran sería tarde. Toda la patrulla militar fue exterminada.
-Ahora la cosa es con el ejército, concluyó Jacinto.

Días después, aparecieron revoloteando por sobre la región unas avionetas del gobierno del presidente Lleras Camargo, tirando profusamente unos pliegos con letras grandes con una fotografía suya; Jacinto, leyó despacio letra por letra: "Gáñese la suma 100.000 pesos como recompensa, al particular o particulares que entreguen o faciliten la captura del que aparece en la fotografía; abajo en letra más pequeña, el cartel continuaba: No lo piense más, evite sus propios males. Las informaciones dadas por usted serán mantenidas bajo la más rigurosa y estricta reserva y no serán dadas a conocer por ningún motivo".

-Eso es mucha plata, dijo Jacinto a sus compañeros cuando terminó de leer -tocará pelear en serio, remató. Sabía con certeza que la comandancia del ejército lo estaba buscando, lo que no sabía y no tenía por qué saberlo era que en el Pacto de Sitges de hacía 3 años, el ahora presidente liberal Lleras Camargo, había pactado con el jefe conservador Laureano Gómez, sacar de raíz a todas las fuerzas militares y policiales de la influencia de los dos partidos, para dotarlas de una nueva doctrina militar que él había explicado en el Teatro Patria de Usaquén, una vez fue elegido presidente, y con una elemental consigna convertida en la teoría militar del nuevo régimen, que acababa de surgir y explicó así: "el poder militar cogobernaría ampliamente con el poder civil a cambio de abstenerse de participar en la política bipartidista". A los militares en servicio activo les quedaba prohibido participar en política, en cambio sí podrán ser parte fundamental del gobierno civil, y para ratificarlo, nombró como su ministro de guerra al general Saiz Montoya, el mejor representante en ese momento del desarrollismo cívico-militar y el profesionalismo impulsados desde el centro metropolitano, con el que Colombia pretendía combatir por separado a los guerrilleros de cualquier ideología de los bandoleros sobrevivientes del enfrentamiento armado bipartidista pasado. Pacificar y rehabilitar las zonas donde hubiesen operado esos grupos armados mediante planes de desarrollo rural apoyados totalmente

por el gobierno del presidente los EEUU John F. Kennedy, como parte de un gran plan continental panamericano llamado Alianza para el Progreso, que tenía como el propósito de contrarrestar dentro de los empobrecidos latinoamericanos, la influencia de la reciente de la revolución cubana ocurrida al iniciarse 1959, que seguía ganando apoyos con sus posteriores triunfos internos e internacionales. Tampoco conocía Jacinto la tercera resolución del presidente liberal por cumplir la orientación política que acababa de anunciar y sobre todo, no desviarse ni una coma del pacto frente nacionalista porque esa era la garantía de su éxito; con mucha más razón, después de la peligrosa aventura golpista organizada el 2 de mayo del 58, antes de su elección presidencial, por unos cuantos militares todavía partidarios del general Rojas Pinilla, unidos con unos cuantos caciques políticos regionales y nacionales de la fracción conservadora opuesta a entregar el Poder militar, en la que había participado Jacinto activamente reteniendo al actual presidente en un carro radio patrulla.

Lo que estaba cambiando no era solo la comandancia del ejército depurado sigilosamente de militares antiguos comprometidos en alianzas encubiertas con los gamonales políticos de los dos partidos para ganar elecciones y con ellas el Poder regional y local, y en cuyo remplazo estaban siendo puestos los oficiales llamados entre ellos mismos “los coreanos”, como si fuese una cofradía, sino las agencias de inteligencia del Estado, totalmente renovadas técnica y operativamente, reforzada con una intensa y sostenida presión burocrática desde la cúpula del Poder sobre los dos partidos para que rompieran cualquier posible apoyo abierto o soterrado con cualquier grupo armado partidista, como los apoyados en la confrontación que se estaba resolviendo; presión extendida de manera intensa y en el mismo sentido sobre la jerarquía metropolitana de la Iglesia católica para que sin demora, llegara igualmente a los párrocos municipales.

Ese día, apareció con nubes densas, oscuras, ominosas como presagiando algo azaroso; Jacinto, miró el firmamento y alzando los hombros exclamó -Con este tiempo no se puede hacer nada, esperemos un poco a que mejore; Libardo sacó de su capotera unos

dados pequeños que tenía y decidieron jugar mientras pasaba el tiempo -nada de plata, advirtió Jacinto; por la noche, vieron en la dirección del Hato cuatro hogueras en fila, al verlas Jacinto dijo al grupo - Bueno, esto se puso feo, la vereda está completamente cercada, el grupo no puede ir por allá; decidieron enviar a Danilo, el más activo, con el dinero recolectado para que regresara con noticias más frescas y actuales; Danilo, partió el día siguiente bordeando caminos, evitando cualquier contacto desconocido, finalmente, confirmando la información de las hogueras sobre la cantidad de patrullas militares y grupos de detectives vestidos de civil, después de un rodeo muy amplio llegó a la casa de Oliverio; este, lo recibió apesadumbrado, le recibió el botín y le dijo -Ya vio cómo está la cosa por aquí, en el Pueblo ya no hay policía, ha sido remplazada por un batallón del ejército de más de 50 soldados, la gente no quiere ayudar, todos se rehúyen y el padre Antonio, desde el pulpito ha dicho que Jacinto, es un Luzbel traidor vengativo ¡imagíñese eso!, y para mayor desgracia, desde la capital del departamento nos avisaron que Matilde, poco después de la volada de Jacinto, fue detenida por los militares y llevada al batallón y esta es la hora que no se sabe nada de ella, toda esta vaina se ha puesto muy fea, dijo Oliverio con los ojos encharcados, enseguida agregó -no sé cómo va a reaccionar Jacinto, con esto. Decidieron entonces, que Danilo se regresara de la misma manera que vino, les avisara y vieran como salir de la encerrona yéndose lejos; Danilo demoró más de una semana en toda esa vuelta y cuando por fin ya muy cansado pudo contactar con el grupo, hubo una alegría muy grande entre ellos; les contó los pormenores de lo sabido a la espera de la reacción de Jacinto, quien guardó un silencio profundo sintiendo como la sangre le hervía en las venas. Vio todo color rojo violeta el color con que se le inyectaron los ojos y dijo -Me voy para el poblado liberal de Montenegro, donde no me esperan, quien quiera venir conmigo bien pueda, quien no, puede regresarse; nadie se retiró, todos a una, siguieron en el grupo para ir a Montenegro; desandaron lo andado, volvieron a subir, cruzaron la cordillera y con la mayor cautela avanzaron hasta llegar a las cercanías de esa localidad; hicieron un alto para planear la próxima acción; Jacinto, le dijo que la única manera de que aflojaran la presión sería

mostrar un gran fuerza y eso solo se conseguía con una golpe bien grande; pensaba ir por el alcalde de Montenegro.

Envolvieron las armas en las mochilas y las enterraron en un lugar muy bien escogido y fácil de hallar, debían separarse por pares, él iría solo, buscar pensiones distintas o pequeños hoteles no muy centrales casi todos al lado de la casa de mercado, asearse, comprar vestidos de paño con saco, buenas camisas y buena ropa interior, ahí había suficiente dinero, ir a la peluquería, afeitarse, cortarse el pelo bien corto y convertirse en parroquianos perfumados, por la noche se encontrarían en una cafetería que quedaba a un lado de la plaza central llamada la Suiza, a tomar helados o refrescos, comer pasteles o así, pero nada de cervezas o aguardiente, terminantemente prohibido, ese era el punto de encuentro y ahí coordinarían todo; siguieron las instrucciones y cuando se volvieron a encontrar lo celebraron con una carcajada, estaban desconocidos, harían inteligencia a la alcaldía que quedaba en el edificio grande de la plaza central, ubicarían al alcalde para hacerle seguimiento cada uno por separado, sin hablar entre ellos y por la tarde intercambiarían las informaciones. Tras cinco días de acechanza no fue difícil identificarlo, era un señor rechoncho y gordo ya entrado en años, medio calvo, que vestía de paño, pero descuidado, lo cuidaban dos guardaespaldas jóvenes que parecían unos escolares que caminaban con el revolver en la mano como exhibiéndolo, daban risa; con esto, cancelarían la cuenta en los hoteluchos sacarían los pequeños equipajes y como siempre al atardecer cuando saliera cansado de su oficina, ahí, a la salida misma de la alcaldía aprovecharían la sorpresa, Jacinto, lo fumigaría de frente con la ametralladora, mientras los demás con las pistolas desde los dos lados se encargarían de los guardaespaldas; con la algarabía cada uno correría por su lado y cuando estuvieran seguros de que nadie los seguía se encontrarían lejos del poblado donde habían escondido las armas al principio. Al día siguiente, los periódicos nacionales aún dominados por el morbo amarillista de la guerra bipartidista, hicieron un despliegue fotográfico estremecedor: Asesinado el alcalde liberal de Montenegro, era el titular, pero al lado del alcalde, un poco detrás venía una mujer con su hijita, que el cuerpo voluminoso del

funcionario no alcanzó a cubrir y las dos, fueron alcanzadas por las tantas balas disparadas; los muchachos guardaespaldas murieron con un rictus de terror conmovedor y al rededor no había sino despojos mortales, las fotografías era el reportaje gráfico con el que se agotaron las ediciones, continuado por la bulla de los noticieros de la radio.

Una vez reunido el grupo en el sitio acordado, tomaron el camino opuesto a la cordillera hacia el valle interior, bordeando una carretera más amplia que comunicaba a Montenegro, con otros municipios aledaños, pues Jacinto, intuía que estaban estrechando el cerco en la región montañosa donde habían ocurrido los asaltos a las fincas; caminaron separados y distanciados todo el día por entre cafetales y cultivos y al atardecer se volvieron a juntar en un paraje al parecer deshabitado situado en una loma alta donde había una ruina de una casa de ladrillo antigua desde donde podían observar un buen tramo de la carretera; querían saber cuál era la reacción del ejército. Hubo un despliegue impresionante de tropa en camiones, incluso vieron sobrevolar un helicóptero en las cercanías, pero el grupo permaneció inmóvil casi dos días; al tercer día cuando el sol empezada a levantar avistaron un bus de pasajeros que venía lentamente avanzando por la carretera, Jacinto al verlo dijo -Es un bus de pasajeros, quizás ahí podamos romper el cerco que está casi cerrado, hay que pararlo agregó; pusieron una piedra grande en la mitad de la vía y se dispusieron a esperar, el bus se detuvo y abrió la puerta, el chofer sospechando algo, muy afanado se bajó y precipitadamente gritó al grupo -Somos de la banda municipal de Montenegro, Jacinto, le respondió un poco en broma -Ah, entonces también son bandoleros -No, no, respondió angustiado el chofer -músicos; Jacinto miró al techo del bus donde se transportaba la carga y preguntó -Y, esas cajas negras como de armas ¿qué son? El chofer respondió al instante -Son las trompetas y cornetas, Jacinto continuó el interrogatorio -Y ¿esas otras cajas redondas grandes?, El hombre, en lugar de guardar la calma y responderle que eran los trombones, muy asustado empezó a llorar sin poder responder; David, que estaba siguiendo el interrogatorio dijo -Es un mentiroso, y sin pensarlo dos veces le disparó en la cabeza brincando automáticamente dentro del bus, los doce músicos de la banda

municipal que estaban en el interior, hombres mayores, desencajados empezaron a gritar armando una algarabía insopportable; David azorado, comenzó a dispararles hasta cuando todo quedó en silencio; Jacinto, llevándose la mano a la cabeza dijo sentencioso -Hermanos, hasta aquí llegamos; preparémonos porque ya no hay regreso.

Una hora demoró el batallón de soldados y militares en rodearlos, también llegaron en un yip varios detectives de civil y el helicóptero comenzó a sobrevolar el paraje; lentamente, el grupo atrincherado en las cuatro paredes de la casa en ruinas vieron cómo iban siendo rodeados; Jacinto, calculó unos cuarenta soldados y media docena de oficiales, hicieron un recuento de las armas de fuego que tenían y de las municiones y las repartieron equitativamente, Jacinto, conservó su inseparable sub ametralladora y la pistola del detective del DAS junto con las municiones, los demás conservaron las pistolas automáticas con buena cantidad de municiones, los revólveres se dejaron para el final para la lucha cuerpo a cuerpo; Jacinto, dispuso que cada uno debía defender su pared a como diera lugar, moviéndose continuamente y disparando desde varias posiciones; camiones, yips, morteros y ametralladoras de gran tamaño fueron colocándose alrededor de la ruina, el cerco terminó a eso de las dos de la tarde cuando los rayos del sol hacían temblar los árboles; de repente se oyó la voz de un altoparlante diciendo en una tono muy alto que estaban rodeados y debían salir con las manos en alto de esa casa. Del interior de las ruinas salió una voz gritando - Vengan por nosotros si son tan verracos; una andanada interminable de disparos de morteros acabó de derruir las paredes que quedaban en pie, luego un silencio cruzaba la nube de polvo que lo cubría todo, los soldados desde afuera alcanzaron a oír las toses de quienes estaban adentro; después del largo silencio el capitán al mando de la operación se paró enfrente de los restos de la pared que tenía los restos de la puerta principal de la casa y con cinco soldados ordenó un avance, los dejaron avanzar hasta muy cerca y cuando estuvieron a tiro de pistola desde las paredes una lluvia de fuego tumbó al oficial mortalmente herido y a tres soldados gravemente heridos; el desconcierto en las filas militares apresuró una serie de órdenes para que desde todos los costados hicieran fuego de

fusilería y se pudiera rescatar al oficial imprudente que confundió el silencio con rendición; cuando callaron los fusiles Jacinto, preguntó a señas que novedades había; ninguna, todos en igual posición; hubo otra andanada de disparos de mortero más larga que la anterior y los ladrillos de las paredes cayeron hacia adentro haciendo una especie de trinchera sobre quienes se cubrían con el muro; nuevamente silencio largo seguido de disparos de ametralladora de gran calibre - No creo que hayan sobrevivido este avance, dijo el oficial que había remplazado en el mando al oficial caído; el silencio seguía alargándose, entonces, el oficial ordenó traer los perros pastor alemán entrenados en este tipo de operaciones para ubicar herido o muertos, dos perros muy finos de pastores alemanes con largas cintas en el cuello se soltaron frente a la ruina, cuando estuvieron muy cerca dos disparos certeros de pistola seguidos de chillidos dieron cuenta de los perros -Todavía están vivos esos hijueputas, mataron a los perros, ahora sí creo que ese tipo está ligado, dijo el oficial encolerizado; pidió ayuda al helicóptero que vino a sobrevolar la ruina varios minutos y a ubicar la posición exacta del grupo; pero a pesar de los binoculares no pudieron ver sino ladrillos esparcidos que lo cubrían todo -Hicieron una casamata de cobertura con los ladrillos dijo el oficial, no queda más que seguir con el fuego de morteros, pero ahora lo apoyaremos con granadas de mano; hubo otra andanada de morteros más larga y estremecedora que las anteriores y una vez concluida, vino el lanzamiento de granadas; los militares esperaron cerca de media hora en el más absoluto silencio viendo como de las ruinas salía un humo denso y oloroso a azufre -Bueno, ahora sí deben estar todos muertos, dijo el oficial mientras el sol había empezado a caer -hay que apurar o nos agarra la noche y ahí si nos jodimos, dijo el comandante; ordenó un avance sobre las ruinas pero esta vez solo hubo una respuesta leve sin impactos desde dos flancos: una pistola y un subametralladora, Danilo, y Jacinto, seguían con vida a pesar de las heridas profundas y la sangre que perdían; el capitán dio la orden de copar la ruina, pero esta vez ya muy cerca, dos soldados cayeron mortalmente heridos; sorprendido el oficial ordenó a la tropa retroceder y concentrar el fuego de las ametralladoras de gran calibre sobre los puntos desde donde habían disparado; las ráfagas

demoledoras que esta vez sí hicieron blanco, ya no había trincheras sino un arrume desordenado de casquetes de ladrillo humeantes y restos de balas y metralla; cuando los soldados cautelosos se fueron acercando lentamente sin encontrar resistencia y lograron levantar los pedruscos vieron a Danilo, con el vientre reventado totalmente desangrado y a Jacinto, con un revolver en la mano con un disparo en la sien derecha, los otros tres cuerpos estaban dispersos un poco más allá. En ese momento, en la parte de atrás de lo que fue la casa de un hueco en el piso salió volando un pájaro negro parecido a un jirigüelo o garrapatero, otro soldado más cercano afirmó haber visto salir volando un murciélagos oscuro de grandes alas negras.

Esa noche la radio nacional en cadena por todo el país informaba sobre la muerte del más vengativo y desalmado bandolero que jamás hubiera tenido Colombia, dado de baja por el ejército junto con toda su banda. La prensa matutina del día siguiente informaba los mismo sobre la muerte del desalmado Bandolero y los cuatro miembros de su cuadrilla, aunque lamentando la muerte de un capitán, cinco soldados y dos perros importados directamente desde Alemania, resaltando del triunfo y la fortaleza de las nacientes instituciones del Frente Nacional de Colombia.

Berlín. 11 septiembre 2025

